La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 10 DE NOVIEMBRE DE 1890 — NÚM. 463

ADVERTENCIA.—Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal, segundo de la presente serie. Será éste el «VIAJE POR EL NILO,» ilustrado con profusión de grabados y fototipias.



EL GENERAL CONDE DE MOLTKE

Con motivo del nonagésimo aniversario de su natalicio

SUMARIO

RÉPLICA ARTÍSTICA AL SR. CASTELAR

(Continuación)

Más amplio y nuevo campo se ofreció al arte arquitectónico y construcción utilitaria, en fuerza de las nuevas y desconocidas necesidades y aplicación de materiales, como el hierro y el cristal, y que con ellos solos ó en combinación con los demás se han levantado á usos diferentes esos inmensos espacios cubiertos, jardines, pasajes, mercados, estaciones... y esos palacios del arte y de la industria, como el de Londres, París y demás que conocemos; esos sorprendentes puentes colgantes ó tubulares, esos armazones en forma de torres lanzadas á la región de las nubes, esos monstruos recorriendo las líneas férreas y oprimiendo las superficies de los mares, á cuya manifestación artística, si bien utilitaria, empieza á dársele especial y apropiada belleza: arte y estilo de arte distintos de todo lo conocido, sin casi punto de contacto con lo anterior, y que por esto caracterizan la arquitectura nuestra marcando la época en que nació.

Véase, pues, si es muy delicado tocar á la ligera tales asuntos, porque sin querer se remueven sus principios fundamentales, y en consecuencia se ocasionan disturbios y perjuicios que hasta las mismas Academias ni con prudente tino, práctica constante y especialísimo conocimiento de ello, apenas pueden evitar; porque, no se dude, á resultados negativos y á males gravísimos puede lo mismo conducir la enseñanza y educación por un sistema rígidamente preceptístico, que por un lato abandono y olvido de las leyes artísticas inmutables.

Manifestado esto, me parece queda demostrado estar acorde con el Sr. Castelar en cuanto al beneficio, acción y necesidad de las Academias y Escuelas de Bellas Artes, de unión tan íntima é inseparable como la del espíritu y la materia, siempre y cuando rija é impere en ellas el criterio del rígido precepto en lo esencial y necesario, la libertad del juicio individual apreciativo y la fuerza del genio creador en todo lo que no afecte y perjudique á aquello, y en uno y otro caso, siempre, fundar la inspiración y el consejo en lo verdadero, lo bello y lo bueno. Y ya que no se puede decir en absoluto cómo se puede ir á ese resultado, advertir cómo no se debe, cómo no se puede ir á él.

De lo dicho en concisas indicaciones, porque no pude darle más extensión, se ha de deducir que en el arte de lo bello, como lenguaje del alma, existe una finísima línea de deslinde que separa la salvación del peligro: salvado y llevado el Arte á gran altura desde el momento de ver esa línea y contenerse en ella; precipitado y destruído desde el momento de no verla ó excederse de ella; advirtiendo que en uno y otro lado de esa línea divisoria el espacio es de una extensión inmensa.

***

Del modo como el Sr. Castelar empezó su artículo, entiendo podría deducirse lo que quizá no quiso decir, ó no hubiera dicho si hubiese fijado su atención y claro talento en los resultados y consecuencias á que podría dar lugar lo que dijo: ó la idea del señor Castelar no está claramente expresada, ó yo no supe aclarármela. En ello aparece más que una apreciación, una equivocación de gran resalte... ó dos á la vez, si se quiere, al afirmar que *en Francia la uniformidad reina despóticamente, y que allí necesitan que se busque al individuo aire y espacio; pero que nación como la nuestra, donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales, necesita reglas y escuelas, instrucción técnica y disciplina y freno, contemplación y estudio de los modelos acabados y perfectísimos.* O no entiendo una sola palabra en historia y teoría de Bellas Artes, ó en eso hay un lío de contradicciones, inexactitudes é incoherencias, las que obligan á preguntar: ¿en qué quedamos? Si la espontaneidad brota sin trabajo entre nosotros tantas obras geniales, y en este sentido se ha de aceptar como significado gráfico de la palabra, obras de relevante mérito artístico, ¿á qué reclamar todo eso en que se encierra la instrucción, la enseñanza, la dirección y la educación artística? Si esto falta y se reclama, no se tiene aquello; si se tiene aquello, todo eso sobraría.

De la suposición del Sr. Castelar se desprende que la producción espontánea de obras artísticas geniales brota entre nosotros tan fecunda y abundantemente, cual si el genio nacional, á modo de constante erupción volcánica, arrojase en forma de geniales obras, torrentes de fuego artístico; pero él mismo destruye su afirmación al decir que necesitamos reglas, escuelas, instrucción, disciplina, freno, contemplación y estudio de modelos acabados y perfectísimos, á lo cual pudiera haber añadido, ó cualquiera puede añadirlo, ¡porque todo eso y algo más nos falta! Permítame que á la primera parte de esa pintura ilusionista elaborada en su imaginación, aplique el final del soneto de Lupercio de Argensola... *¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!* Pues bien; respecto á nosotros, también se equivoca el Sr. Castelar, porque tenemos Academias, Escuelas, instrucción, regla y freno; tenemos además criterio y buen gusto, inteligencia y lo que se llama sentimiento artístico, modelos suficientes para la contemplación y el estudio... Lo que no tenemos es voluntad para su aprovechamiento; lo que no tenemos es respeto y consideración á lo que debiera tenerse; lo que no tenemos, y hace mucha falta, es educación artística general ó pública, con muchísima sobra de atrevimiento. Y á la segunda, que *en Francia, por el contrario, reinando despóticamente una uniformidad, se necesita buscar al individuo aire y espacio.*» Contestaré á esto en otro sentido: viendo las cosas como son y no como queremos que sean.

En Francia, en esa nación de exuberante patriotismo, de amplia vida intelectual, de criterio muy suelto, de profundo estudio y educado sentimiento, en consecuencia rica y poderosa y con recursos para atender á todo; grande siempre, aun en medio de sus extravíos, defectos y ligerezas, glorias y desastres, y que si puede tener enemigos precisamente por lo que vale, por lo que vale precisamente nunca le faltan admiradores; en esa nación se aceptan todos los timbres de valía, sea cual fuere su sello y significación, con tal que la honren y enaltezcan, cabiendo todos, recibiéndose y conservándose en el ancho espacio de su nacionalidad. En esa nación precisamente, refiriéndonos á la escuela moderna contemporánea, á la que sin duda se alude, á pesar de la rigidez académica exageradamente preceptística, marcada por la escuela de I. L. David, robustecida por sus discípulos, propagada por sus secuaces, desbordándose por las fronteras, influyendo en las demás naciones y dejando en ellas rastro, la Francia, sin embargo, y á pesar de la base de esa escuela, ha ofrecido y ofrece gran variedad de espontaneidades y genialidades artísticas, siempre dentro del estudio de las inmutables leyes del Arte, creadoras de estilos diferentes y caracteres distintos en cuanto puede el Arte dentro de un mismo período diferenciarse y distinguirse.

Yo creo que no debe decirse que hoy en esa nación, en punto á Arte, reine uniformidad despótica, sino que impera un criterio y un espíritu, por temperamento nacional, como despótico: pues aun cuando en sus apreciaciones y juicios artísticos se acepten y distingan las obras de arte en algún modo ajenas á lo suyo, su tendencia á lo suyo siempre se acentúa. Esto se explica, y casi me atrevería á decir que se legitima; porque en Francia, á pesar de los trastornos en que se agitó, y con los cuales conmovió repetidas veces á toda la Europa, aun durante ellos ha existido un gran centro de enseñanza y de emulación artística: brillante foco que atrajo á crecidísimo número de artistas nacionales y extranjeros: en París ha brillado continua esa luz de instrucción, y educación en el arte de lo bello, irradiando directamente sobre unos, y por incidencia sobre otros. Era natural que en lo relativo al número de discípulos y adeptos, los que sobresaliesen y se distinguiesen en estilos y caracteres distintos, en proporción fuesen muchos; y sin salirnos de nuestro siglo, en el que si no nació, se regeneró y desarrolló la escuela francesa, nos ofrece, con las obras de David y las de sus discípulos y hechuras, las de Querín, Gericault, Horacio Vernet, Delarroche, Corot, Delacroix, Rosa Bonheur, Daubigny, Laurent, Bonnat, Durand, Reignault, Ingres, Millet, Gerome, Flandrin, Cabanel, Decamps, Bretón, Doré, Courbet y el gran Meissonier, suficiente él solo, sin menoscabar la de los nombrados y otros, para dar gloria artística á una nación y á una época; entre esos otros, de gran valía y estilo propio, sobre los cuales ese arte francés, dígase así, pudo haber influído en grado muy notable, deben incluirse también los extranjeros, como Cornelius, Kaulbach, Wilkie, Calame, Almatadema, Munckassy, Morelli y muchos más que en Arte quizá no puedan dejar de considerarse franceses; alcanzándonos á nosotros buena parte de esa influencia, que no hay necesidad de demostrar por sabida y conocida.

Si el arte jamás fué nacional, y sólo adquirió en virtud de circunstancias locales cierto carácter confundido con el de nacionalidad, se ha de considerar como frase breve y convenida para distinguir las escuelas; pero hoy que no existen éstas, ni locales, ni regionales, ni nacionales, la frase no tiene aplicación ni sentido claro, porque las cintas de hierro, los hilos del telégrafo, la imprenta, los procedimientos prontos y perfeccionados del aparato óptico y su aplicación á la tipografía, han arrasado las fronteras en el orden intelectual y artístico; hoy se pinta en París, pensando en París, y como en París en Roma, en Venecia, en Florencia, en Nápoles, en Madrid, en Dresde, en Munich, en Viena, en Berlín, en Londres, en Moscou, en Amberes... en todas partes: las Bellas Artes, fiel reflejo de la sociedad, fueron siempre cosmopolitas. ¡Cómo no serlo, cómo ponerse hoy el Arte, menos que en ningún tiempo, en contradicción con las condiciones de su época! Así vemos que una pintura, por ejemplo, se concibe en Roma, se ejecuta en Granada, se retoca cambia ó modifica en Madrid, y se termina en París ó en Munich... ¿Buscando y anhelando qué? Esa senda trillada, esa imitación del género y hasta de una pintura con cuyo afortunado acierto un artista haya obtenido éxito... como quien repite y apropia y llega á gastar una frase que haya caído en gracia.

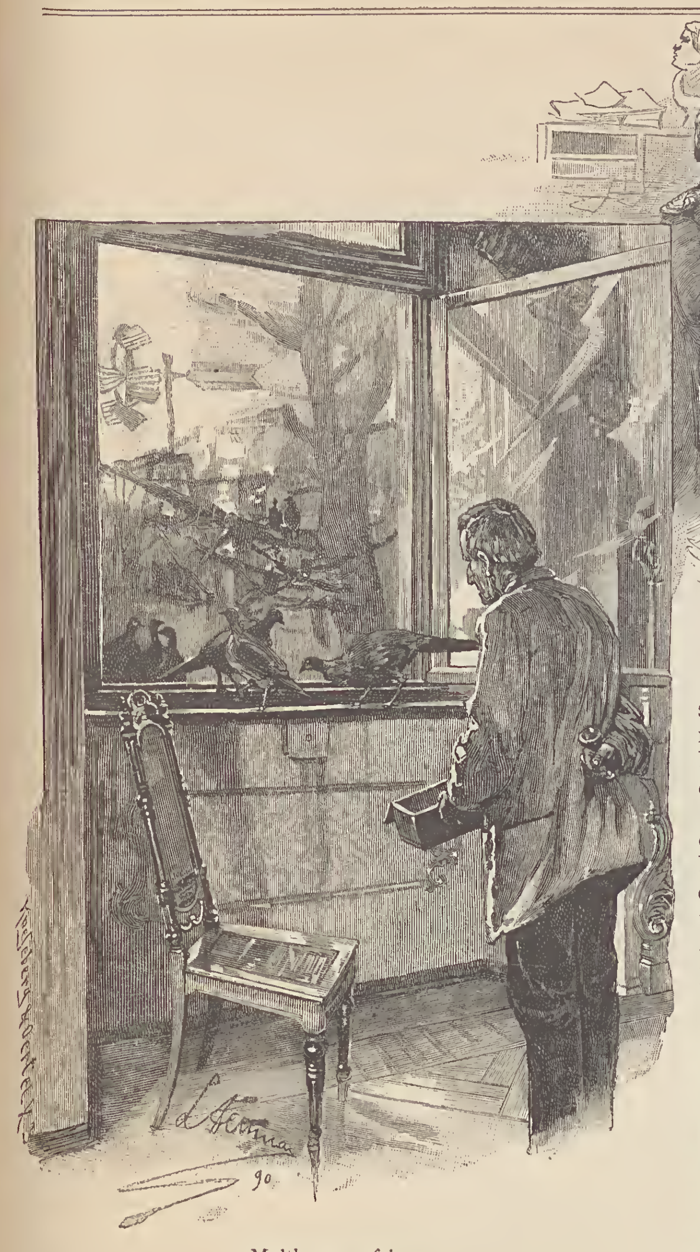
Concretémonos á esta *nuestra nación donde la espontaneidad brota sin trabajo tantas obras geniales*, etc. Con perdón del Sr. Castelar que así se lo pinta, y de los que así lo creen, confieso que no sé por dónde ni cómo coger esa idea, pues no le encuentro asideras. Para llegar á hoy por ilación histórica debiéramos tomarlo desde muy atrás, analizando nuestras escuelas de pintura, refundidas después en la Castellana, figurando en el mundo del Arte con el título de Española; y si bien es cierto que durante algún tiempo adquirió una fisonomía fuertemente marcada, encerrándose en un carácter local, y que fué de las más importantes, no por eso puede desconocerse y menos negarse que se inspiró mucho en influencias extrañas... No se vea en esto que trate de aminorar el alto aprecio de nuestra antigua escuela de pintura, porque prueban lo contrario los artículos que publiqué en el *Museo Balear*, interrumpida la serie por estar en suspenso la publicación de dicha revista.

Si fijamos detenidamente la atención en dichas nuestras antiguas escuelas regionales hasta su unión en una sola, constituyendo la pintura española, aceptando la frase; si la examinamos libres de toda pasión, con la imparcialidad del historiador verídico y con la frialdad del analítico, no podremos descubrir, ni aun entonces más que ahora, esa espontaneidad y esa genialidad que tan fácilmente se concede y encomia.

Pongamos á prueba las tres principales y las obras de los grandes maestros que las fundaron ó les dieron carácter; y en las del místico jefe de la valenciana, Juan Vicente Macip, más conocido por Juan de Juanes, veremos muy transparentado el estilo de Rafael, aunque más cristiano, expurgado del idealismo pagánico; en las del religioso naturalista sevillano Bartolomé Esteban Murillo, alguna impresión del gusto y colorido de Wan-Dick, transmitido por Pedro de Moya al regresar de Londres, y de las de Tiziano, Rubens, Ribera y Velázquez, cuyas obras copió y sobre todo estudió en Madrid; y en las de la gran lumbrera de la castellana, el naturalista y realista D. Diego de Silva y Velázquez, el más espontáneo, el más genial, el más cínico, dígase así, sin precursores y sin secuaces de igual empuje, de quien con razón puede decirse que antes de él nadie como él, y después de él nadie como él... hasta en las obras de su segunda época, tan distintas de las de su primera, algo se descubre del colorido de Tiziano, su artista predilecto, y algo de la franca ejecución en las de Andrés Sacchi, á quien conoció y miró con no menos interés artístico. Y entiéndase bien que al pronunciar los nombres de Velázquez, Murillo y Juanes, debe hacerse con todo el respeto que merece su justa fama y gloria.

JUAN O. NEILLE

(Continuará.)



Moltke en su estudio

Moltke y sus faisanes

EL FELDMARISCAL MOLTKE

CON MOTIVO DEL NONAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

I. EL PROPIETARIO DE KREISAU

El que en un hermoso día de primavera y á cosa de las ocho y media de la mañana se encuentre en la estación de la calle de Federico, de Berlín, podrá ver entre los viajeros á un caballero de porte militar, elevada estatura y cabellos grises, á quienes todos saludan respetuosamente. Es el mariscal Moltke, que se dispone á trocar la residencia imperial por su idílica residencia de verano. El tren correo transporta al autor de tantos y tan maravillosos planes de batalla á la estación de Schweidnitz, en donde un carruaje espera al propietario de Kreisau para conducirle á su encantadora y tranquila quinta.

La propiedad de Kreisau, que Moltke adquirió en 1867, es considerada como una de las más hermosas fincas de Silesia. La aldea, situada á una milla de Schweidnitz, extiéndese pintorescamente en un delicioso valle, detrás del cual se alza trazando elegante silueta la cordillera cubierta de bosques. El pueblecito, de aspecto humilde, pero sumamente limpio, lleva impreso el sello que caracteriza á todas las aldeas montañesas de aquella provincia alemana: las casas bajas y con techos de paja tienen cada una su jardincito perfectamente cuidado, pues los silesianos pasan, con razón, por ser aficionadísimos á las flores.

El camino de la aldea conduce á la entrada de la finca, delante de cuya sencilla puerta, á derecha é izquierda adornada con reproducciones del famoso gladiador de la *Villa Borghese*, álzase el roble de la paz plantado en 1870, debajo del cual un bloque de granito ostenta la siguiente inscripción: *Sedán 1/9 1870*. La fiesta de Sedán conmemórase en Kreisau, por voluntad del propietario, no el día 2, sino el 1.° de Septiembre; y bien debe saber mejor que nadie el tal propietario cuándo acaeció aquel suceso decisivo.

El patio de la casa es muy espacioso y en él se encuentran grandes edificios destinados á las faenas agrícolas, la casa del inspector y vastas cuadras para los caballos. La quinta propiamente dicha que, precedida de un hermoso jardín, se alza en el lado Sudoeste, es un magnífico edificio cubierto de pizarra. Una gran escalera al aire libre, rodeada de frondosos laureles, da acceso á la casa, sobre cuyo portal vense todavía las armas de la familia cuya era la finca antes de que pasara á manos del feldmariscal. A los dos lados de la escalera se ven los viejos cañones de bronce que el emperador Guillermo I regaló á Moltke el día del primer aniversario de la batalla de Mars-la-Tour.

Un ancho vestíbulo adornado con la estatua ecuestre de Guillermo I y los bustos de algunos príncipes alemanes y extranjeros produce gratísima impresión en el ánimo del visitante, cuyos ojos se fijan desde luego en un precioso busto de mármol de Víctor Manuel: allí se divisa también el gran tam-tam que sirve para dar la señal de las comidas.

Las habitaciones están amuebladas con distinción y sencillez sumas, y en ellas se buscaría en vano la más pequeña representación del lujo de las grandes capitales. Desde una ventana del comedor da de comer Moltke á sus faisanes, y de que tiene buena mano para criarlos, son buena prueba el parque y el bosque poblados de infinidad de esas preciadas aves. Como unos doce faisanes se pasean constantemente por el patio: son por decirlo así los niños mimados del general. Uno de nuestros grabados reproduce fielmente esta deliciosa escena que el artista ha copiado del natural: Moltke está representado teniendo en una mano y detrás de la espalda una campana y en la otra una caja de cigarros que contiene la comida de las aves, y es un cuadro encantador ver cómo los mansos animales penetran por la ventana para tomar el alimento de manos del anciano. Fuera de una habitación alhajada á la antigua usanza alemana, en donde Moltke suele entregarse á la lectura, sólo merece ser mencionado el cuarto dormitorio, pequeña pieza con una sola ventana y completamente ocupada por los muebles, que se reducen á una mesa, un lavabo, dos sillas y un viejo y deteriorado tapiz. El general duerme con la cabeza muy cerca de la ventana, á un metro de ella poco más ó menos; á pesar de esto y de que la tal ventana no cierra herméticamente y ostenta una rendija por donde libremente entra el aire, aquel veterano no se constipa nunca.

En el piso superior hay el gran salón y varias salas de reunión, amueblados uno y otras muy sencillamente y adornadas sus paredes con antiguos y por añadidura malos retratos de individuos de la familia del feldmariscal. Este vive en Kreisau consagrado por completo á la naturaleza, y es muy entendido en cuanto con ella se relaciona, como lo demuestran sus muchos escritos, lo cual puede haber influído en la taciturnidad que le caracteriza, pues todos los que en Kreisau han tratado á ese gran hombre están contestes en que se muestra avaro en demasía de sus palabras. Aquella apacible tranquilidad, los deliciosos encantos de aquella naturaleza alimentan las ideas que sin cesar se agitan bajo la espaciosa frente de aquel hombre que recorre su finca siempre inclinado el cuerpo hacia adelante y cruzadas las manos en la espalda. El sitio predilecto de Moltke es el parque, que puede recorrerse en media hora, y hacia el cual siente especial cariño el general, que conoce uno por uno todos los árboles y arbustos del mismo y que siente gran desasosiego cada vez que, durante su permanencia en el invierno en Berlín, llega á su noticia que uno de aquellos árboles ha sido arrancado. En la pasada primavera, apenas llegó de Berlín y se enteró de que los trabajadores desenterraban un árbol, corrió echando los bofes al sitio en donde tal desaguisado se llevaba á cabo, y armó gran estrépito porque tal se hacía, hasta que le tranquilizaron asegurándole que el árbol estaba muerto. Durante horas, y á menudo todo el día, trabaja Moltke en el parque, arrancando ramas secas, dando órdenes para nuevas plantaciones que él mismo dirige, enterándose minuciosamente de todo por el jardinero y comunicando á éste minuciosas instrucciones, y entretenido en tales pasatiempos se olvida frecuentemente de que es la hora de la comida, con gran disgusto del cazador que le ayuda en sus faenas agrícolas, y cuando cae en la cuenta de que su compañero ha de comer, lo despacha y prosigue trabajando solo como si tal cosa. El mal tiempo no es obstáculo para sus tareas; aunque el viento sople y caiga la lluvia, el general trabaja sin cesar vestido con un traje que parecería indescifrable al ojo del sastre más experto. Una comitiva que había ido á Kreisau para ver á Moltke, buscóle por el parque y no lo conoció, antes bien tomóle por un jardinero. Desde hace algún tiempo, el general ha tenido que renunciar á ciertas labores, pero todavía se entretiene en aserrar las ramas viejas. El estanque, situado detrás de la casa, es objeto de sus preferentes cuidados; en la primavera sirve para regular el caudal de aguas del Perle, que atraviesa el parque y que á menudo se sale de madre. Los asuntos referentes á este lago son el principal objeto de una animada correspondencia que, durante el invierno, mantiene Moltke desde Berlín con su inspector. Gracias á los cuidados de su dueño, el parque es un modelo en su género; altos y hermosos árboles, especialmente robles, hayas y álamos blancos lo embellecen. Debajo de un roble colosal y en un sencillo banco rústico suele sentarse el general, á quien se encuentra asimismo con frecuencia en la presa, en donde mugen las aguas con estrépito y adonde se llega por una angosta palanca. En el parque también hay comederos para los mimados faisanes. Al riachuelo va á parar un arroyo que en determinados sitios se ensancha, formando estanques en los cuales se crían truchas y delante de los que hay dispuestos numerosos bancos: sentado en ellos al caer la tarde, Moltke contempla los peces que saltan fuera del agua, escucha atentamente el murmullo que al recogerse en el ramaje producen los faisanes y observa á los corzos que no temen en acercársele. Hace



Moltke en el corral de las aves



La aldea de Kreisau

años que el general no caza; á pesar de ello sigue en coche á sus huéspedes en sus excursiones cinegéticas y de cuando en cuando dispara una escopeta, alegrándole todavía el ruido que el tiro produce. También ha tenido que renunciar á la equitación: los alemanes recuerdan aún aquella frase con que encabezó la solicitud que en 3 de agosto de 1888 dirigió al emperador Guillermo II pidiendo su retiro: «Creo un deber advertir á V. M. que mi edad avanzada no me permite montar á caballo.» Pero no hace muchos años dió en compañía de sus sobrinos un paseo á caballo, tan largo, que al regresar á su casa, éstos hubieron de irse á descansar, mientras el general enderezó sus pasos al parque para serrar ramas secas.

Sólo una naturaleza tan vigorosa como la de Moltke puede hacer frente y resistir los embates de los años y las inclemencias del tiempo. Un día en que llovía á mares, sus deudos y sus criados, presa de gran inquietud, buscáronle por todas partes sin lograr dar con él: por fin un criado le encontró paseando tranquilamente sin curarse de la lluvia que caía, y habiéndole el servidor ofrecido un paraguas, le contestó: «¡Quita! Más que mojado no puedo ya estar.» Y sin paraguas se encaminó hacia la casa y ni siquiera se cambió la ropa.

Moltke comparte el interés que su parque le inspira con el que le merecen las faenas agrícolas que en sus tierras se verifican. A fines del verano se le ve á menudo en el campo presenciando la recolección del grano y prestando á todo tan minuciosa atención cual si se tratara del aprovisionamiento de un cuerpo de ejército. Los carros vacíos han de regresar al campo con puntualidad militar. ¡Ay del trabajador que se descuida!

El general se hace dar cuenta por el inspector de los menores detalles, y durante el invierno cada tres días, por lo menos, llega á Kreisau una carta suya; pero como es sumamente económico, á fin de que la correspondencia no le resulte demasiado cara, el inspector no ha de emplear para sus relaciones una hoja grande de papel, como suelen hacerlo los administradores al contestar á sus amos, sino que debe concretarse á una hoja de papel de cartas muy delgado. No es tampoco el general gran amigo de los telegramas largos, y á este propósito se cuenta que cuando el emperador le felicitó por telégrafo desde Grecia con motivo de su cumpleaños, el general quedó muy sorprendido al ver lo caro que le había costado contestar telegráficamente agradeciendo la atención del soberano.

Algunos ratos pasa nuestro héroe en los establos de las vacas, pero le interesan más que éstos las cuadras.

En todo lo que se refiere á materias agrícolas, da una prueba de su talento confesando francamente que en cuanto á ellas atañe entiende mucho más que él el inspector que tiene al frente de sus fincas. Por esta razón nunca se mezcla en tales cuestiones y antes bien se complace en aprender lo que en este punto puede su inspector enseñarle. Alguna veces intenta seguir un procedimiento erróneo ó dicta disposiciones equivocadas; entonces el inspector sabe con buenas razones y con hábil diplomacia disuadirle de su empeño. Cuando esto acontece, el feld-mariscal que tan intransigente se muestra cuando se trata de imponer y hacer cumplir su voluntad en el campo de batalla, acepta convencido y sumiso las atinadas indicaciones de su inspector.

Este inspector, dicho sea de paso, es un joven adornado de las más bellas prendas, que á sus conocimientos vastos y profundos une una actividad extraordinaria y una energía á toda prueba. Ha servido en la segunda guardia del regimiento de uhlanos, y dicen las señoras que debe haber sido uno de los más guapos mozos de esta arma.

LUIS FRANZ

II. MOLTKE EN FAMILIA

El destino ha negado á este gran hombre la dicha de tener hijos; también le arrebató prematuramente á su adorada compañera; pero no por esto se ha agriado su carácter, ni ha tratado de aislarse haciéndose misántropo. La familia de sus hermanos y de los hijos de éstos es la suya, y causa una grata impresión ver al anciano jugar en el parque con sus sobrinitos. El sobrino del mariscal, que como éste se llama Hellmuth de Moltke, es ayudante suyo: una hermosa y amable señora, también condesa de Moltke por nacimiento y que pertenece á la rama sueca de la familia, es la esposa del mayor Moltke, y los cuatro preciosos hijos de este matrimonio alegran los últimos años de la vida del general. La señora del mayor sabe llevar admirablemente á su célebre tío, obligándole con su femenina diplomacia á hacer en pro de su misma comodidad toda suerte de concesiones, que á buen seguro de otro modo no se permitiría el anciano conde, tan refractario á todo lo que á regalo propio trascienda. Por la tarde, el mariscal se entretiene jugando al kroquet con los niños ó se divierte con ellos en el juego de la pelota y los bolos, en el que algunas veces, á fuer de estratégico prudente, logra derrivar «los nueve.» Moltke parece profesar gran afición á los niños: en las fiestas de la cosecha que se celebran en la aldea, en la colonia de vacaciones instalada en un pueblecito cercano, en todas aquellas solemnidades en que los niños pueden entregarse á sus ruidosos juegos, disfruta el general lo que no es decible con la alegría y el buen apetito de los chiquillos. Para estas fiestas complácese en facilitar dinero y materiales, y quiere convencerse personalmente de la satisfacción de los pequeñuelos. No contento con esto, ha fundado un establecimiento en donde los hijos de los jornaleros de Kreisau encuentran ocupación ajustada á los principios de Froebel; causándole gran alegría, cada vez que procedente de Berlín llega á sus posesiones, oir á aquel ejército infantil entonar, dirigidos por su maestro, cantos patrióticos en testimonio de bienvenida al propietario bienhechor.

La vida de Moltke en Kreisau está regulada por una severa orden del día. El mariscal se levanta á las siete, se viste solo, toma una taza de café no muy fuerte y lee ó trabaja hasta las diez, hora en que da su paseo por el parque favorito. El domingo asiste á los oficios divinos de la cercana iglesia de Graditz. Antes, cuando todavía estaba al frente del estado mayor general, despachaba antes del mediodía y en poco rato el correo de Berlín; y aun ahora los trabajos que se le envían como presidente de la defensa del país le ocupan durante muchas horas. Sus trabajos por la mañana no sufren más interrupción que la necesaria para tomar un ligero tente en pie, consistente en una taza de caldo ó en un poco de pan con manteca y una copa de vino. A las cuatro suena el tam-tam, de que antes hemos hablado y que muchas veces toca el mismo Moltke, y la familia se reune para comer. El general se sienta á un extremo de la mesa teniendo á sus lados á su sobrino y á su sobrina y enfrente á los tres hijos mayores de éstos, Alfredo, Guillermo y Elsa, con su institutriz. Moltke es sumamente sobrio; come y bebe muy poco, siendo su bebida predilecta un ligero vino del Mosela, sin que desdeñe por eso de vez en cuando un buen Burdeos; no ha sido nunca aficionado á dormir después de comer, y aunque suele dar algunas cabezadas mientras su sobrina le lee algo, levantados que han sido los manteles, su sueño no puede ser calificado de siesta en el verdadero sentido de la palabra. Si el tiempo es bueno, Moltke da por la tarde un largo paseo en coche descubierto; á las siete toma el te, luego se entrega á su juego favorito, el noble *whist*, y entre diez y once se acuesta. Un telégrafo doméstico pone en comunicación el cuarto del general con las habitaciones del mayor.

Ya hemos visto cómo la compañía de niños alegres lleva la alegría al ánimo del gran silencioso: en medio de la gravedad que caracteriza el modo de ser de ese gran hombre, aparece de cuando en cuando alguna manifestación de buen humor, y de ello son prueba algunas frases auténticas que de boca en boca han circulado.

Su excesiva modestia hace que siempre procure que su personalidad aparezca en segundo término: hija de esta cualidad es la conducta que sigue el día que para el común de los mortales lo es de agradable fiesta. A la familia de Moltke no le es concedido celebrar, como hacen otras familias, el 26 de octubre, cumpleaños de su querido y venerado jefe, puesto que éste, en tal día, no se deja ver de nadie, sino que desde muy temprano por la mañana sube á su coche y emprende una excursión sin que ninguno sepa adónde se dirige, así es que los que van á felicitarle han de dejar sus tarjetas sin tener el gusto de ver al ilustre general.

Quizás este año, en vista de que toda la nación quiere festejar el nonagésimo aniversario de su natalicio, se decida el gran estratégico á romper con su tradicional costumbre y á recibir personalmente y no en silencio la tarjeta que pondrá en sus manos Alemania entera.

JUAN FRISCH

III. MOLTKE COMO INSTRUCTOR MILITAR.
POR UN OFICIAL ALEMÁN

El estampido de los cañones delante de Koniggratz, de Sedán, de Metz y de París es el himno de gloria que coloca á Moltke, como autor de planes de batalla y director de una guerra, en el número de los héroes de todos los tiempos.

Federico el Grande llegó á la mayor altura en el arte de la guerra dentro de las trabas que en su tiempo lo apresionaban; Napoleón mostró cuánto puede alcanzarse con este arte una vez rotas las cadenas que lo sujetaran; Moltke ha abierto la grandiosa senda por donde deben marchar las grandes masas en una época en que tantos progresos ha hecho el armamento y en que valor é influencia tan extraordinarios han adquirido los medios de comunicación. Es el verdadero organizador de la victoria y el primero que ha comprendido que las improvisaciones, por muy hábiles que sean, no caben ya en las guerras modernas, donde combaten pueblos enteros, y que sólo puede lograrse un éxito definitivo por medio de un trabajo incesante en tiempo de paz, durante el cual ha de prepararse la primera operación, la marcha del ejército. El nos ha enseñado que en la más grave de las ocupaciones del hombre, en la guerra, sólo los puntos de vista grandes por su misma sencillez pueden ser eficaces, y que en ella todos los artificios, todas las pequeñas astucias únicamente daños pueden producir.



Se ha querido á menudo explicar los éxitos de Moltke como resultados de algunas desconocidas fórmulas de victoria. Débense á la estrategia y á la táctica



Moltke jugando con sus sobrinos

ampliamente concebidas en los conjuntos, dice el uno; la causa de ellos, opina otro, es el principio de marchar separados y pelear unidos. Nada más erróneo que estas misteriosas explicaciones, de las cuales puede con sobrada razón afirmarse que las palabras suplen muchas veces á las ideas. Ni existe ni ha existido nunca lo que pudiéramos llamar un método Moltke, y precisamente su nuevo sistema de no obedecer á sistema alguno, su mayor mérito, estriba en que en el momento oportuno, libre de todo formalismo y de todo método rutinario, supo siempre elegir el medio más sencillo y por consiguiente el más seguro para llegar al fin que se proponía. Como en todas las artes, son siempre los mismos en la estrategia los principios fundamentales; lo que hace los verdaderos maestros es la manera de aplicarlos. Los hechos de Moltke predican constantemente la verdad sublime de la sencilla majestad de la guerra: el general ha sido al par el más prudente y el más atrevido estratégico de todos los tiempos, y así lo acreditan de una parte la preparación de las campañas de Austria y de Francia y la continuación de ésta contra la República, y de otra Koniggratz, Gravelotte y la marcha sobre Sedán. Allí, donde podía precaverse toda sorpresa, nada dejó á la casualidad; aquí, colocado en otras condiciones y adepto incondicional del gran principio de Scharnhorst de que en la guerra, mucho más que lo que acontece, interesa que lo que se haga se realice con perfecta unidad y energía, reunió todas sus fuerzas y con temeraria audacia se lo jugó todo en una carta. Pero aun en esas ocasiones nunca aventuró más de lo que aventurar podía; así es que jamás confió, como Napoleón, ciegamente en la mudable fortuna; antes bien, siempre se mantuvo fiel á la divisa por él espontáneamente elegida: primero pesar, y después atreverse. En los planes de campaña de Moltke no hay un solo punto obscuro, inexplicable; en todos dominan la claridad y la sencillez, combinadas con una infinita variedad. De aquí lo difícil que es darse cuenta de su manera de dirigir una guerra.

Y aun cuando esto se consiguiera, aun cuando se lograra desmenuzar por completo la importacia de Moltke como estratégico, no se obtendría la imagen acabada de su significación militar.

Háblase mucho de que trazó el plan de esta ó de aquella campaña, de que proyectó el orden de tal ó cual batalla; pero lo que pocas veces se ha consignado es que él solo se ha creado la posición que le permite funcionar con tal actividad. Moltke es el creador del estado mayor general moderno; él es el primer jefe moderno del estado mayor general.

El hecho de que el modo de ser especial del estado mayor se haya organizado entre nosotros antes que en ningún otro pueblo, no se debe á la casualidad. El pueblo armado que disponía de todas las inmensas fuerzas de la nación en una época en que todos los Estados de su alrededor permanecían todavía sujetos á constituciones militares contrarias á la naturaleza, hubo de sentir desde el primer momento la necesidad de un cuerpo escogido, que por un lado facilitara apoyos y auxiliares al jefe supremo, cuya mirada no puede distraerse en detalles propios de su cargo, no por lo pequeños menos importantes, y por otro revelara á los oficiales del ejército, harto ocupados con los trabajos precisos para atender al bienestar de sus jóvenes é inexpertos soldados, de todo cuidado respecto de las innumerables cosas que necesitan las tropas en campaña, y que á la par atendiera á la perfecta cohesión entre las partes y el todo. En el pueblo armado cuyo rey, según untigua costumbre germánica, era por su mismo cargo el jefe nato del ejército, hubo de arraigar firmemente el convencimiento de que al monarca le era indispensable un ayudante noble, leal y conocedor de los secretos técnicos de la carrera militar que pudiera completar al primer caudillo allí donde este complemento se hiciese necesario.

El mérito de Moltke estriba, no sólo en haber sido el primero en ver clara y exactamente esta necesidad, sino también en haber procurado los medios de satisfacerla. De cuánto valor estimaba él mismo este lado de su actividad, son prueba las palabras de despedida que dirigió á sus inmediatos subordinados, únicos con los cuales estaba en contacto: «Puedo afirmar – les dijo – que los brillantes servicios prestados, así en la guerra como en la paz, y la inteligente cooperación de todos á un mismo fin, han infundido en el ejército una confianza absoluta en el estado mayor general.»

En efecto; desde el primer general al último soldado, todos los individuos del ejército, más aún, el pueblo entero, tienen una confianza inquebrantable en el estado mayor general, y esto se debe – cosa que el feldmariscal calla – á él única y exclusivamente. Sin su abnegación y su modestia infinitas, sin la atención que consagró á la misión que se había impuesto, hubiera sido insostenible su posición como jefe del estado mayor general, en el sentido que hoy damos á esta palabra, y sin un hombre como él no tendríamos un estado mayor general como el que hoy poseemos.

Cuando Moltke se puso al frente del estado mayor general, creó una institución militar única en el mundo: desde hace treinta años ha sido la conciencia, la previsión militar de Prusia-Alemania, vigilándolo y preparándolo todo. El fué quien creó y organizó la verdadera escuela de la alta dirección, y tan bien supo crearla y organizarla, que su obra no puede perecer con él, sino que aun hoy en día subsiste tan lozana como cuando la dirigía personalmente.

¿Cómo ha podido lograr todo esto? ¡Quién podría en el breve espacio de unas pocas líneas describir la silenciosa obra realizada en treinta años por este hombre! Es imposible referir someramente cómo agrupó á su alrededor las verdaderas fuerzas, cómo supo instruirlas é influir en ellas con sus lecciones y con sus ejemplos, y finalmente, cómo su claro talento penetró, animó é inflamó el todo y cada una de las partes que este todo componían.

La importancia de Moltke como estratégico es bastante grande para asegurar á su nombre la inmortalidad y á él el eterno agradecimento de la nación entera. Pero el mismo general no se ha conquistado el corazón de sus compatriotas, no se ha hecho popular como estratégico, como jefe del estado mayor general, sino como hombre: lo que tan querido de todos nosotros le hace es que en todos los momentos de su vida puramente como hombre se nos presenta. El retrato que de él tiene grabado en el corazón el pueblo, carece por completo de aquel rasgo diabólico que pesa como maldición sobre todas las glorias militares de este mundo, lo que lejos de perjudicarle favorécele en alto grado á nuestros ojos. Se puede admirar al *gran capitán Bonaparte* y aborrecer al hombre así llamado; puede sentirse la mayor admiración por el mismo Federico el Unico como rey y como general y tener algo que reprochar al mortal del mismo nombre. En cambio, nadie podrá dirigir el menor reproche á Moltke: sin mancha y sin vacilaciones ha seguido su camino hasta el día de hoy; su vida ha transcurrido como la de centenares de miles de hombres. «Hacéis mal en venir á mí – dijo el vencedor de Koniggratz á cierto periodista que obtuvo de él una *interview* y que consiguió hacer despegar los labios al *silencioso pensador* – si creéis que mi vida se presta á una de esas brillantes descripciones á que tan aficionados suelen ser los señores poetas y aun el público. Mi vida es tan pobre en episodios, que casi se la puede calificar de monótona, y en ella no sé qué podrían encontrar los biógrafos como no fueran fechas y más fechas.»

Desgraciadamente no poseemos una extensa y completa característica de Moltke, trazada por mano apta para ello; de aquí que huyamos de contentarnos con lo que refieren los que en la guerra y en la paz han vivido cerca de este gran hombre.

La principal cualidad de su carácter es la modestia, y á ella se deben los nombres de gran *taciturno*, y de *silencioso* pensador que erróneamente se le han dado.

Moltke no es en modo alguno especialmente silencioso ni taciturno, sino que le gusta hablar cuando está en compañía que le agrada. Sus noches de *whist*, por ejemplo, á las que durante el invierno asiste á menudo el joven emperador, se distinguen por la animada conversación del general. Sin embargo, á los que quieran oponer este detalle á la leyenda de la taciturnidad de Moltke, aun sin esperanza de poder destruirla, hay que decirles que esto no significa que el feldmariscal no posea aquella calma y mesura propias de las naturalezas verdaderamente distinguidas; por el contrario, «toda su persona respira agradable apacibilidad y nadie le ha visto nunca encolerizado ni siquiera fogoso, porque es inaccesible á todo apasionamiento.» Esta tranquilidad no abandona al general ni aun en los más difíciles momentos de su vida.

Acerca de esto, conocida es la narración humorística de Bismarck que, hablando de los momentos críticos de Koniggratz, cuando nada se sabía del ejército del príncipe heredero tan ardientemente esperado, dice que ofreció al hombre más importante de aquella jornada un cigarro tras otro, y que le alegró en gran manera, pero también le sorprendió, verle fumar cigarro tras cigarro con la mayor tranquilidad del mundo.

La calma en Moltke es sin duda alguna consecuencia de su modo de pensar. «Apenas se le plantea una cuestión ó se le encomienda una tarea, enciérrase con ella dentro de su espíritu, y mientras la medita no existe para él el mundo exterior. Sus grandes y límpidos ojos se clavan en el suelo, todo su ser se concentra en la idea que le preocupa, y hasta que ha dado con la solución deseada no vuelve á pertenecer al mundo que le rodea. La magnitud de su potencia reflexiva es tal, que abarcando todas las relaciones y posibilidades nunca le sorprenden los sucesos por muy especiales que sean las circunstancias en que aparezcan envueltos: todo, hasta lo más inesperado, se presenta claro en seguida á su talento, que no vacila un punto en señalar el camino que se debe seguir.»

¡Quién no recuerda, al leer la anterior descripción,



Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl



Moltke dirigiendo la recolección

Moltke jardinero

aquel detalle grandioso ocurrido en la noche que precedió á la batalla de Kroniggratz! Todo estaba preparado; el plan había sido completamente acordado y se habían circulado ya las órdenes para su ejecución, cuando de repente la noticia de que los austriacos habían tomado posiciones al otro lado del Bistritz vino á echar por tierra todos los cálculos y proyectos: pues bien; al cuarto de hora de recibida la noticia, salían del cuartel general los mensajeros despachados para que sin pérdida de momento se reunieran las tropas á fin de dar la batalla decisiva repentinamente acordada. ¡Quién no recuerda asimismo aquella partida de naipes de Bar-le-Duc, durante la cual se recibió la confirmación de la marcha emprendida por Mac Mahón para libertar á Bazaine, y en la que los compañeros de Moltke jugaron unas pocas manos sin éste, que aprovechó aquellos breves instantes para disponer las principales órdenes para la marcha sobre Sedán!

Tan sencillo como su modo de dirigir la guerra es el modo de ser de Moltke como simple particular, considerado así exterior como interiormente. «Su espíritu se inclina principalmente á la dirección matemática, y está educado con la escuela de la sencillez y de la rigurosa lógica.» Ninguno de sus triunfos ha sido debido á un poco meditado rayo de inteligencia; es más, Moltke no es amante, y así lo tiene á menudo repetido en las admirables conferencias que sobre trabajos tácticos ha dado en el seno del estado mayor general, de los impremeditados impulsos de los llamados genios, ni de estos genios mismos. «Unicamente el que se presenta tal cual es, sin el menor artificio, puede esperar que Moltke haga justicia á su mérito, y si el que esto ha conseguido logra distinguirse durante mucho tiempo por sus servicios, merece y obtiene la especial confianza del feldmariscal que abandona para con él su natural reserva.» Porque este hombre de hierro, cuya vida, en el verdadero sentido de la palabra, ha sido una existencia sólo de cuidados y trabajos, cuya pesada planta ha dejado indelebles huellas en los campos de batalla de Schleswig, de Bohemia y de Francia, y que desde la muerte de su esposa sobre todo y sobre todos por él amada vive aislado en la altura á que ha sabido colocarse, tiene un corazón no seco y momificado, sino joven y sensible y quiere entrañablemente á sus subordinados y á todos los que cerca de él viven. Adora especialmente á los soldados rasos, cuya perseverancia y resistencia no tiene palabras bastantes con que alabar y á quienes atribuye siempre la mayor parte en los triunfos del ejército. Pero cuando más apasionados se muestran sus sentimientos es cuando se trata de su patria, de Prusia, de Alemania. El mismo escribió para el Museo germánico aquel hermoso pensamiento que traduce claramente su manera de sentir:

Allezeit – Treu bereit – Für des Reiches Herrlichkeit!

«Dispuesto siempre con lealtad á fomentar el esplendor del Imperio.»

Y en verdad que él siempre ha sido leal: aun hoy en día, á pesar de sus noventa años, sigue prestando con indomable energía sus valiosos servicios á su rey y á su pueblo. Cierto que ha tenido que renunciar á su cargo de jefe del estado mayor general «porque ya no puede montar á caballo;» pero de hecho y como presidente de la Comisión de la defensa del territorio, sigue prestando á la patria sus valiosos servicios, y todavía se deja ver de cuando en cuando en la oficina central de su «fábrica de genios» para enterarse con su dulzura y tranquilidad acostumbradas de tal ó cual asunto, y aún le ocupan todas las cuestiones de que dependen el bienestar ó el malestar del país.

Tal se nos presenta esa figura colosal: grande como héroe de guerra, grande como creador del estado mayor general y grande también como hombre.

Laméntanse muchos á menudo, y no del todo sin razón, de que nuestro pueblo está amenazado de ver desaparecer todos los ideales; pero ¿es acaso exacto que se trate de sustituirlos con nebulosos esquemas de tiempos pasados? Creo que no. En la figura de nuestro Moltke tenemos un ideal de carne y hueso, que vive entre nosotros, que se ofrece clara y francamente á nuestra vista. No sólo para los soldados, no; para toda la nación es la importancia de Moltke como preceptor, tan grande como haya podido ser la de cualquier otro en otros tiempos. En el pueblo de los pensadores, el pensador es con razón la figura realmente popular. Pero ¿se procura imitarle, pensar y vivir como él piensa y vive? Hasta que esto suceda no habrá pagado nuestro pueblo la deuda inmensa de gratitud que tiene contraída con el gran guerrero y gran hombre. Moltke no será apreciado en toda la magnitud de su genio hasta que, contemplando á todo el pueblo, podamos hablar de «Moltke como educador.»

EL SANTUARIO DE KREISAU

En el bello parque de Moltke hay un sitio predilecto del mariscal. Sobre una colina, á cuya cima conducen sombrías avenidas de abetos, álzase un edificio sencillo, de estilo gótico, coronado por el sagrado símbolo de la cruz: es la capilla sepulcral que encierra los restos mortales de la que fué compañera de ese gran hombre. Llenos de profundo respeto acerquémonos á este silencioso santuario, y antes de penetrar en él sentémonos en alguno de los bancos de piedra que se encuentran en la plazoleta que delante de la capilla se extiende y desde los cuales se descubre un sitio plantado de sauces y cipreses. Rosales trepadores circuyen el portal de la capilla, que, rodeada de cipreses y abetos, producen una impresión triste. En aquel severo lugar acude á nuestra mente la memoria de la noble dama que por espacio de veintiséis años fué el ángel de paz de aquella casa en que moraba el hombre cuya vida estaba consagrada á la guerra.

Una hermana de Moltke había casado con un inglés, Joh Heyliger Burt, viudo de una noble señora de la familia Stafseldt. Burt se había establecido en el Holstein: de sus hijas habidas en el primer matrimonio, la mayor era esposa de un barón de Brockdorff; la menor, María (su nombre completo era Berta María Guillermina), mostró siempre vivísimo interés hacia su tío Hellmuth, con quien mantenía animada correspondencia, y admiró las artísticas descripciones contenidas en sus cartas de Oriente en aquel entonces publicadas. Cuando conoció personalmente á su pariente, á la sazón mayor del ejército y que contaba veintiséis años más que ella, quedó desde luego prendada de él, concertándose entonces la boda, que se celebró en 20 de abril de 1842 en Ytzeboe. Aquel matrimonio fué sin duda uno de los más felices que han existido en la tierra. La joven esposa, que además de su marido supo conquistarse con su encantadora amabilidad y con los atractivos de su belleza los corazones de cuantos la trataban, fué la inteligente y fiel compañera de su marido en todas las posiciones y en todos los parajes adon-



1870. Moltke militar

1859

de la llevaron los deberes que á Moltke imponía su carrera. La vida de aquel matrimonio fué un idilio, especialmente en Magdeburgo, en donde hubo de residir Moltke desde 1849 á 1855 como jefe del estado mayor general del cuarto cuerpo de ejército. El principio de Moltke de «marchar separados,» no fué nunca aplicado por él en los paseos que daba con su esposa, la cual era su constante compañera, así en las expediciones á pie como en las que hacían á caballo. La naturalidad de su carácter no la abandonaba ni aun en el trato con las esposas de los demás oficiales y contrastaba con la afectación y ceremonia que á muchas de éstas distinguían. Aun cuando aquella feliz pareja no tuvo hijos, la unión de las almas de aquellos dos seres excepcionales fué tan íntima, que el dolor experimentado en la Nochebuena de 1868 por el ilustre estratégico es imposible de describir. María, que contaba á la sazón cuarenta y dos años (había nacido en Kiel en 21 de junio de 1826), había sido siempre de constitución sana y robusta, hasta que en un paseo que dió á caballo en invierno con un huracanado viento Noroeste, contrajo un reumatismo articular que la llevó al sepulcro.

Embebidos en estos tristes pensamientos, subamos los escalones que conducen á la capilla sepulcral. Lo primero que atrae nuestra vista son dos sarcófagos cubiertos de flores y envueltos en la azulada luz que por los ventanales llega hasta ellos: uno encierra el cadáver de la esposa del feldmariscal; otro el de la hermana de éste, la señora de Burt. Una copia del Cristo de Thorwaldsen adorna la capilla, que ostenta el versículo de la Biblia predilecto de Moltke: «El amor es el cumplimiento de la ley.»

El amor alegró también la vida del gran hombre cuyo corazón permanece solo desde hace veintidós años. Imposible es imaginar el dolor que se apoderó del alma del sobreviviente. Los hombres más grandes, las mayores energías históricas anhelan abrasarse en la llama de un corazón amoroso que lata al par del suyo: ¡quién sabe si los héroes de la historia que se encontraron aislados en el pináculo de su gloria no sintieron alguna vez ese anhelo en sus horas de apacible calma! Todo el que en la lucha de la vida ha perdido á una esposa amada, á una fiel compañera y tiene que proseguir su camino en este mundo, eleva su alma á un silencioso heroísmo. Uno de estos héroes fué Moltke.

¡Cuántas veces paseando solo por el parque de Kreisau habrá recordado el general aquellos felices días que pasó al lado de su adorada esposa!

F. H.

(Traducido de la Revista alemana *Schorers Familienblatt*.)

FIESTAS PARA SOLEMNIZAR EL NONAGÉSIMO ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE MOLTKE

Los honores con este motivo dispensados al anciano feldmariscal sólo habían sido hasta ahora concedidos á los soberanos, y á ellos se asociaron con los príncipes de las casas reinantes de Alemania las clases todas de la población, deseosas de rendir homenaje de admiración y respeto al gran militar, al entusiasta patriota, al virtuoso ciudadano.

Los hechos más culminantes de estos festejos han sido la marcha de las antorchas, verificada la víspera del día del cumpleaños, y la visita que el emperador con las representaciones de todo el ejército hizo á Moltke en su propia casa.

A las siete de la noche del 25 púsose en movimiento la comitiva que formaba la marcha de las antorchas: abría la marcha un heraldo seguido de timbaleros y músicos montados; detrás iban las comisiones de estudiantes, después de los cuales la comitiva se dividia en dos secciones de varios grupos, representando el desenvolvimiento histórico de Alemania.

Formaban el primer grupo antiguos germanos cubiertos de pieles, el segundo personificaba la época de Carlo Magno, y constituía el tercero un pelotón de cruzados. El período de los Habsburgos estaba representado por caballeros pesadamente armados y en traje de torneo, y en pos de él aparecían características figuras del tiempo de la guerra de los aldeanos.

La otra sección reproducía en forma muy ingeniosa la vida de los lansquenetes, detrás de los cuales figuraban soldados de tres épocas, de Wallenstein, de la guerra de Treinta Años y de los tiempos de los grandes príncipes electores. Luego seguían la guardia prusiana, las representaciones de las épocas de Federico el Grande y de la guerra de la Independencia, soldados de la actualidad y una guardia de Camerún con una cantinera negra.

Cerraba la marcha el homenaje de los artistas, que era la parte más brillante de la procesión. Un carro dorado y cubierto con guirnaldas sostenía la diosa de la Victoria con sus grandes alas desplegadas; otro grupo representaba la ciencia militar, por medio de una figura de tamaño natural, apoyada en un león y llevando en la diestra una espada y un libro en la izquierda. En otro carromato, sentada en un trono y debajo de un dosel de brocado de oro forrado de púrpura, aparecía Germania, teniendo á sus lados la pintura y la industria, ésta representada por un fornido herrero blandiendo sobre el yunque colosal martillo: en el fondo se veía la figura de un mercader del siglo XV con la balanza y la bolsa en la mano; más hacia adelante la escultura estaba simbolizada en un picapedrero del siglo XIV modelando un busto de Moltke y á la izquierda se veía á un labrador con su arado: completaba el grupo la imagen del general con la antorcha encendida en una mano y una corona de laurel en la otra.

La comitiva fué recibida por Moltke en el vestíbulo de su palacio: el presidente del comité de los festejos pronunció el discurso de felicitación y entregó al feldmariscal la corona de plata que la población de Berlín le dedicaba, y la notable actriz de la corte, la señorita Wegener, que se había prestado á ser la Germania, recitó una entusiasta poesía de felicitación al nonagenario general.

Una fiesta excepcional, más que excepcional, única en su clase, fué la que se celebró en la mañana del 26, memorable fecha en que nació ese coloso del arte militar; puede decirse que se representó una página de la historia de Prusia en el estrecho espacio comprendido entre las columnas erigidas en memoria de los grandes hechos de guerra y que abarca los palacios del estado mayor general y de la Dieta. Todo el ejército alemán, ese ejército al cual el anciano héroe ha consagrado incesantemente durante toda su vida sus esfuerzos, y gracias á cuya preciosa cooperación ha prestado tan inapreciables servicios á su patria, acudió por medio de las correspondientes representaciones para felicitar al caudillo que tantas veces le dirigió con acierto en la lucha y supo llevarle con heroica seguridad á la victoria.

Formado delante del palacio del estado mayor general, el cuerpo de cadetes de Lichterfelde fué revistado por Moltke, que vestía el uniforme de general y ceñía la banda del Aguila Negra, y cuya aparición fué saludada con júbilo delirante por el inmenso público allí agolpado, después de lo cual fueron llevados al salón del palacio del ilustre caudillo los gloriosos estandartes y banderas de la guardia prusiana y los del regimiento que ostenta el nombre del conde de Gneisenau.

El emperador penetró en aquel salón, en donde bajo los pliegues de aquellas banderas se agrupaban los príncipes de casi todas las casas reinantes de Alemania; el jefe del estado mayor general, conde de Waldersee, y el general Wittich entraron en las habitaciones particulares de Moltke y lo condujeron á presencia de Guillermo II, quien salió á recibirle y colocándole en medio del semicírculo que formaban los generales dirigióle un sentido discurso, agradeciéndole en nombre de la patria los valiosísimos servicios que durante su larga vida había á ésta prestado.

¡Cuán conmovedor espectáculo el que entonces se ofrecía á los que contemplaban al viejo feldmariscal colocado á la derecha de su joven emperador, delante de aquella corona formada por príncipes alemanes y por generales, en su mayoría discípulos suyos y llamados á cultivar y defender la semilla por el gran maestro sembrada y á ellos transmitida! El emperador, después de pronunciado el discurso, hizo entrega á Moltke de un precioso bastón de feldmariscal.

El mango de este bastón es de terciopelo azul celeste y va adornado por cuatro series de pequeñas coronas y águilas de oro: tiene en un extremo las iniciales del emperador formadas de brillantes y rodeadas de una corona de rubíes, y en el otro el águila imperial sobre un fondo de esmalte blanco. Á la felicitación del emperador siguieron las del príncipe heredero y de su hermanito, que vestidos de marineros asistieron á la ceremonia, y las de todos los circunstantes que se asociaron á estas manifestaciones con frases que expresaban todo el entusiasmo y toda la veneración hacia Moltke de que estaban poseídos.

Puso término á los festejos un espléndido banquete que se celebró en el nuevo palacio de Potsdam y en el cual se dispensaron al feldmariscal honores verdaderamente regios.



Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl

Con motivo de la conmemoración del aniversario del natalicio de Moltke se ha probado una vez más en cuánta estima tiene el mundo entero al invicto

MANIOBRAS MILITARES EN CALAF



1. Ejercicios de infantería. – 2. El cuartel general oyendo la misa de campaña. – 3. Trincheras de Sa Forteza defendidas por ingenieros. – 4. Escuadrón de lanceros de Borbón. – 5. Campamento de Luchana y San Quintín: vista de Calaf. – 6. Vista general de Aleny. – 7. Escuadrón de lanceros de Borbón en marcha. – 8. Campamento del regimiento de caballería de Tetuán. – 9. Puente de tablas levantado por los ingenieros en el Noya. – 10. Entrada de las fuerzas de ataque en Sa Forteza. – 11. El general Martínez Campos dirigiéndose al campo de operaciones

general prusiano, cuyo nombre ha sido puesto al lado y aun por encima de los más grandes capitanes de todos los tiempos.

La prensa nacional y extranjera le ha consagrado extensos é interesantes artículos laudatorios. El *Times* escribía: «Mientras el arte de la guerra sea objeto de estudio, las campañas de Moltke serán leídas



Retrato de Moltke, croquis de T. Rocholl

con tanta atención como las de Napoleón en Italia; y si por un lado la fama militar de Moltke se extiende por toda la faz de la tierra, por otro no habrá nadie que no ensalce la sinceridad y la grandeza de su carácter. El anciano feldmariscal puede decir satisfecho que no tiene enemigos, sino solamente admiradores de sus dotes extraordinarias.»

En Alemania hanse publicado innumerables biografías de Moltke que anteponen lo que vale moralmente considerado á todas sus cualidades, que por otra parte unánimemente admiran, como genio militar.

De todos los obsequios que á la memoria de Moltke se han dedicado con ocasión de su último cumpleaños, merece especial mención el que concibió y puso en práctica el sultán de Turquía Abdul Hamid. Este soberano hizo buscar á los veteranos que habían combatido con Moltke y á las órdenes de Hafis Bajá en la batalla librada en Nisid en 24 de junio de 1839, convidóles á un gran banquete y les hizo á cada uno de ellos un regalo que les recordase al gran general que supo prever la inevitable derrota por Hafis Bajá sufrida.

Esto trae á la memoria el hecho de que ya el rey de Prusia Federico Guillermo IV supo apreciar en lo que valía el talento estratégico de Moltke cuando, por los méritos por éste contraídos durante los cuatro años que mandó las tropas en Turquía, le otorgó la orden *pour le mérite* que ostenta en su pecho el retrato del feldmariscal que en nuestra primera página publicamos.

A las fiestas del aniversario han asistido, además del emperador, los príncipes de la Corona real de Prusia, el rey de Sajonia, el príncipe regente de Baviera, los grandes duques de Hesse y de Baden, el duque de Connaught, hijo de la reina de Inglaterra; el gran duque de Wladimiro Alexandrowitch de Rusia, el general Caprivi, canciller del Imperio; el conde de Waldersee, jefe del estado mayor general; el general Wittich, jefe del cuartel general de Berlín; los ministros de la Guerra y de Marina, los generales Hahneke y Steinheil y los de los gobiernos de Munich, Sutttgart, Dresde y demás Estados independientes de Alemania, y delegaciones militares de Austria, Italia y Bélgica, presididas cada una por un general de estado mayor.

X

LA GARZA

Habiéndose publicado en el número 446 de esta ILUSTRACIÓN un artículo mío, titulado *El halcón de caza*, no me parece inoportuno, después de haber hablado en aquél de las tan celebradas cacerías que con dicha ave de rapiña se celebraban, comunicar á mis benévolos lectores algunas noticias respecto al ave para quien estaba reservado el triste papel de *víctima* en tales diversiones de reyes y magnates.

Aquellos gratos tiempos para el cazador, en que éste salía llevando sobre el enguantado puño la más gentil de todas las aves de rapiña, el blanco halcón de las costas del mar glacial, para cazar con él la garza, pasaron para siempre, por lo menos en Europa. La caza con halcón sólo era posible en la época del feudalismo, y con la caída de los castillos señoriales tuvo que cesar uno de los deleites de aquellos señores feudales, que estimaban en más la vida de un venado ó de otra pieza de caza, que la de uno de sus súbditos. Cuantas tentativas se hicieron para restablecer la caza con el halcón en las épocas modernas, fueron otros tantos fracasos.

Por fortuna para la humanidad, ni el feudalismo ni muchas de las diversiones anexas á él son posibles en nuestros tiempos de progreso político y de cultura.

Las garzas pertenecen á la clase de las aves zancudas, y se distinguen en lo general de las demás especies de éstas por sus largas y desnudas patas, su delgado y flexible cuello y su pico puntiagudo y más ó menos largo. Su cuerpo es aplastado en los costados y más alto que ancho; sus alas medianamente largas, pero anchas y redondas; la cola corta, el plumaje espeso, en particular en el pecho y vientre, donde tienen en cuatro sitios unas plumas finísimas, que más bien parecen seda ó terciopelo.

Todas las plumas son más largas que redondas, y varias especies de nuestra ave ostentan en su cabeza ó en la espalda unas plumas largas de delicada y preciosa figura, muy apreciadas y conocidas con el nombre de *plumas de garza*. Sirven para adornar la cabeza de las señoras elegantes, pero más se usan como distintivo de nobleza en ciertos países, como por ejemplo, en Hungría, donde al sombrero característico del noble *magyar* no debe faltar su plumero de garza, sostenido por garzota de brillante esmeralda rodeada de diamantes. Las garzas habitan los terrenos pantanosos, en donde hay extensas lagunas y estanques, las orillas de los grandes ríos y la costa del mar; suben á los árboles y se alimentan de pequeños animales vertebrados, principalmente de peces, salamanquesas, de moluscos, insectos, gusanos, etc. Todas tienen mucho parecido en sus costumbres; sin embargo, se distinguen bastante en que las unas son nocturnas, mientras las otras sólo de día ejercen su oficio.

Para la caza con el halcón servía principalmente la *garza común*, llamada, sin embargo, también impropiamente *garza real (Ardea cinerea)*, y la *garza color de púrpura (Ardea purpurea)*, nombre que debe á las plumas de este color, que cubren parte de su cuello, pecho y vientre.

La *garza común* es tan conocida, que no necesita una descripción más detallada; tanto menos, cuanto que en su vida y costumbres se parece en todo á la *garza purpúrea*. El color principal de su plumaje es ceniciento claro, mezclado con negro y blanco; en la cabeza ostenta unas plumas largas, que en forma de coleta caen por el pescuezo á lo largo del cuello. La *garza color de púrpura* presenta en la parte inferior de su cuerpo plumas del color á que debe su nombre, mientras el plumaje de la espalda y de las alas es de color ceniza obscuro, mezclado con plumas rojo-claras; un penacho de dos plumas negras adorna su cabeza; el pico es amarillo, verdoso-córneo el color de los pies y color de naranja el ojo.

La garza purpúrea habita en la Europa Meridional (cerca de Barcelona, el Prat), pero también se encuentra frecuentemente en Hungría y Holanda; anida sola ó en sociedad con las de su especie ó de otras garzas en terrenos pantanosos ó en islas bien cubiertas de cañas, de lagos ó estanques; construye el nido con palitos, cañas y hojas secas, en el mismo suelo, en arbustos espesos ó en la corona tupida de los árboles, y pone á fines de abril ó principios de mayo tres ó cuatro huevos de color verde-azulado y de la figura y del tamaño de los de gallina.

En el otoño emigra en bandadas con las de su clase al Mediodía y hasta á Africa, para pasar allí los meses de invierno.

Antes de que se establecieran los jardines zoológicos, poco se sabía de la vida y costumbres de esta ave, como de las de los demás individuos de su clase Todas las garzas son pájaros recelosos que no dejan que nadie se acerque á ellas para observarlas. Como ladrón inaguantable de los peces, criados con cuidado por el hombre en los estanques, éste no puede tolerar las libertades que la garza se permite y los estragos que hace en sus criaderos; por esto la persigue donde la encuentra. En la actualidad no se caza la garza con el halcón, sino con la escopeta. En Hungría y en la parte baja de Austria se deja que la garza haga su nido en los altísimos árboles que cubren las orillas del Danubio, que empolle sus huevos y críe á sus hijos sin perturbarla en lo más mínimo; pero en cuanto los pequeñuelos son ya voladeros, entonces ha llegado el día de la venganza para los dueños de los estanques, quienes se reunen en bastante número, bien armados de escopetas se sitúan antes de que anochezca debajo de los grandes árboles que han escogido las garzas para dormitorio general, y en cuanto éstas ya se han acomodado, frecuentemente diez ó doce en una sola rama, principian el tiroteo y caen los desgraciados pájaros á centenares bajo la lluvia de plomo de sus implacables perseguidores. Las que se salvan de esta carnicería pasan el río para dormir en los árboles de la opuesta orilla, sin sospechar que allí les espera la misma mala suerte que alcanzó á sus desgraciadas compañeras.

De esa manera se venga el hombre de sus alados enemigos, y teniendo en cuenta los perjuicios que éstos le originan, bien se le puede perdonar tan cruel venganza; y más sabiendo positivamente que en los países donde el hombre se ha hecho único dueño de la tierra, la garza sólo sirve para hacer daño, y por este motivo no se la puede ni se la debe tolerar.

En los jardines zoológicos necesitan las garzas un espacioso departamento, de lo contrario se mueren en poco tiempo. Si están juntas con las aves acuáticas hay que tener cuidado, para que no destrocen á éstas, por lo menos á sus pollos. En el de Hamburgo había varias garzas que hubieron de ser sacadas del estanque general porque se comían, no sólo á los patitos, sino que perseguían hasta á los padres de éstos. Allí tuve ocasión de observarlas detenidamente, y no se me ha olvidado lo traidoras que son. Se había preparado una jaula muy á propósito para las garzas purpúreas; corría en el centro de ella un pequeño arroyo para que no les faltase su elemento predilecto, el agua. Al arroyo se echaban peces vivos, y en tal abundancia, que sobraba el alimento á los prisioneros. Además comían algunos granos de trigo remojado en agua caliente. Los gorriones que habitaban el jardín y sus alrededores, y que como pájaros tan atrevidos se metían en todas las jaulas de ancho tejido de alambre á comer con sus habitantes, también entraban en la de las garzas para satisfacer su apetito. Acostumbrados á la bondad de los flamencos, gansos, patos, grullas y otras aves acuáticas ó palustres, no sospechaban que las garzas eran de otro temperamento y que su atrevimiento les costaría caro. Cuando las garzas habían observado que los gorriones entraban sin recelo en su departamento, se colocaban al lado del comedero, al parecer sin malicia ninguna y como si ni siquiera honrasen con una sola mirada á los confiados gorriones. Sin movimiento, cual una estatua, encogida una pierna, doblado el cuello y metida la cabeza entre los hombros parecían dormidas, y sólo sus pequeños y relucientes ojos indicaban que vigilaban bien á los intrusos. Estos se acercaban confiados al comedero, que pronto estaba lleno de pájaros. De repente, extendió la garza el encogido cuello, y el punzante pico se clavaba con certero golpe en un gorrión; éste, golpeado contra el suelo, tirado al aire, recogido al instante, acababa por ser sepultado en el buche de la traidora garza, que ni siquiera había cambiado de sitio, adoptando nuevamente su inmovilidad de estatua. Los demás gorriones, peleándose por la comida, no habían advertido lo que con la velocidad del relámpago había pasado, y seguían comiendo, hasta que al fin notaron lo que sucedió á sus compañeros. Entonces huyeron espantados, pero la garza estaba satisfecha porque se había tragado ya tres ó cuatro pájaros.

Otra garza de la especie ordinaria del mismo jardín andaba muy domesticada entre otras aves zancudas, tomaba el alimento de la mano del hombre que cuidaba aquel departamento y no mostraba recelo ni aun de las personas que visitaban el establecimiento. Como era tan mansa, no se la habían cortado las plumas de las alas, y con placer mío la veía elevarse todas las tardes á hora fija al aire, alejarse y volver cuando anochecía. Pocos días después se presentó el dueño de unos estanques donde criaba truchas, y se quejó á mi hermano de que una garza del jardín zoológico se le comía todos sus peces. Mi hermano dió al querellante el permiso de pegarle un tiro, á lo que aquél contestó que ya lo había intentado, pero siempre en balde, porque dicha garza no dejaba acercarse á nadie ni á tiro de rifle, sino que se levantaba antes para volver muy de prisa á su refugio del jardín zoológico. Llegada allí, andaba con la mayor tranquilidad por entre la gente. De esto puede fácilmente deducirse que ese pájaro tenía perfecto conocimiento de que andaba en terreno vedado cuando pescaba en aquellos estanques.

DR. BREHM

SECCIÓN CIENTÍFICA

ÁRBOLES NOTABLES

EL CEDRO DE MONTIGNY-LENCOUP (fig. 1)

Este cedro es indudablemente el mayor que existe en Francia. En un viaje que el célebre botánico B. de Jussieu hizo á Inglaterra compró á Collinson, médico inglés, dos cedros pequeños traídos del Líbano por éste, de los cuales uno fué plantado en 1734 en el Jardín de Plantas de París, y el otro fué ofrecido por Jussieu á M. Trudaine, entonces director de puentes y calzadas, de comercio y de las plantaciones reales, que lo hizo plantar en el sitio más pintoresco del parque de su quinta de Montigny-Lencoup.



Arboles notables. - Fig. 1. El cedro de Montigny-Lencoup (De una fotografía.)

Con ser los dos de la misma edad, el cedro de Montigny, sin duda por estar plantado en mejor terreno y más al abrigo de las intemperies del invierno, adquirió desde luego dimensiones mucho mayores que el de París, cuyo tronco apenas es hoy comparable con la más pequeña de las ramas principales de aquél.

La forma del cedro que nos ocupa es pintoresca y elegante: su flecha, cuya altura es de 32 pies, está intacta y se alza con majestad imponente dominando las inmensas ramas y el espeso follaje, que se desarrolla en gradas horizontales.

En 1822 la quinta de Montigny fué vendida al conde Stacpoole, y á la muerte del hijo de éste dividióse la finca entre sus hijos, excepción hecha del edificio y de los bosques del parque que fueron vendidos á una sociedad de especuladores de Valenciennes, la cual arrancó todos los árboles y se disponía á hacer otro tanto con el cedro cuando algunas notabilidades del departamento abrieron una suscripción para adquirir ese árbol y una porción de terreno que lo rodeaba. La suma reunida no fué suficiente, pero el municipio de Montigny autorizó al alcalde para tomar á préstamo lo que faltaba, y de esta suerte se salvó el cedro y quedó de propiedad del pueblo.

Por desgracia, el cedro, aislado y expuesto á todos los vientos, ha tenido que sufrir desde entonces los violentos embates de los elementos: el huracán de 27 de febrero de 1860 rompió una de sus más hermosas ramas que tenía 2'50 metros de circunferencia y con cuya madera se construyeron varios muebles para la prefectura del departamento. Durante el invierno de 1878 á 1879 también experimentó grandes daños, rompiéndose las extremidades de muchas ramas á causa del peso de la escarcha. Entonces se apeló á las cuerdas de hierro galvanizado para sostener las ramas, pero pronto se vió que el remedio era peor que el mal, pues aquéllas impedían la circulación de la savia.

En 1888 un generoso habitante de aquella municipalidad, M. Buisson, obtuvo permiso del ayuntamiento para practicar en el árbol los más urgentes trabajos, y ahora, gracias á ligaduras inteligentemente dispuestas, el gigante puede luchar por muchos años y afrontar sin menoscabo las más terribles tempestades. Además, para evitar todo daño de parte de los visitantes, el cedro está rodeado de una verja en cuya parte superior hay una inscripción.

EL TEJO DE LA HAYE-DE-ROUTOT (fig. 2)

El cementerio de la Haye-de-Routot posee dos tejos notables, uno de los cuales mide 12 metros de circunferencia, y tiene, según cálculo del célebre arboricultor M. Dubreuil, de 1300 á 1400 años de existencia. Este tejo, en el interior de cuyo tronco se construyó en 1886 una pequeña capilla, conserva toda su lozanía; sus ramas, que en nuestro grabado sólo en parte se ven, no son muy largas y su forma general es la de pirámide.



Arboles notables - Fig. 2. El tejo de la Haye-de-Routot (Eure). (De una fotografía.)

* * *

LABORATORIO AMBULANTE PARA EL ENSAYO DE LOS CABLES ELÉCTRICOS

Conocida la importancia que tiene el aislamiento de los cables en las instalaciones del alumbrado eléctrico, se hace preciso comprobar el aislamiento de los cables tendidos en la calle y de los ramales; pero para ello se presenta la dificultad grave de tener que efectuar en la vía pública una operación que aun hecha en un laboratorio ordinario resulta relativamente delicada y que se hace impracticable en medio de las trepidaciones y de los estorbos de la calle.

Para subsanar estos inconvenientes, la *Societé d' éclairage et de force par l' électricité, á Paris*, utiliza desde hace tiempo un laboratorio ambulante que, por los resultados hasta ahora conseguidos, parece responder al *desiderátum* antes expresado y que será seguramente imitado por otras empresas de alumbrado. Este laboratorio está establecido en una especie de cajón puesto sobre dos ruedas, dentro del cual pueden acomodarse dos personas: en las paradas está mantenido horizontalmente en equilibrio por medio de tentemozos á tornillo, cerrándose los resortes para evitar toda trepidación. En el interior, como se ve en el grabado, hay una mesa con los instrumentos de medición y de pruebas (galvanómetro de espejo, lámpara, escala, cajas de resistencia, pila de 100 elementos, etc.).

Este laboratorio permite ensayar el aislamiento de un cable ó de una ramificación, así como la instalación en una casa particular por el método de sustitución que, en este caso, funciona á la misma tensión á que está sometida la red. La prueba se verifica, pues, en las condiciones exactas de funcionamiento de los cables, y la facilidad de cambiar de sitio el vehículo permite repetir los experimentos tantas cuantas veces se quiera.

He aquí cómo se procede, por ejemplo, para la recepción de una instalación de abonado: en la parte anterior y exterior del vehículo hay un carrete de un hilo fuertemente aislador. La toma de tierra se hace por medio de piquetes que se introducen entre las piedras del piso y que están constantemente mojados por un chorrito de agua procedente de un depósito superior. Colocado el carretón delante del ramal que se quiere ensayar y una vez inmovilizado del modo que se ha dicho, se desenrolla el hilo, que se ata á uno de los polos de la canalización cerca del contador del abonado: otro hilo pone en comunicación el vehículo con los piquetes, y el operador colocado dentro del cajón se comunica por medio de un teléfono con el agente de la compañía encargado de examinar la instalación.

Este sistema ha dado excelentes resultados, pues permite ejercer cómodamente la vigilancia continua, que es el único medio de conocer á tiempo los defectos de una instalación eléctrica y de prevenir los accidentes que éstos podrían ocasionar.

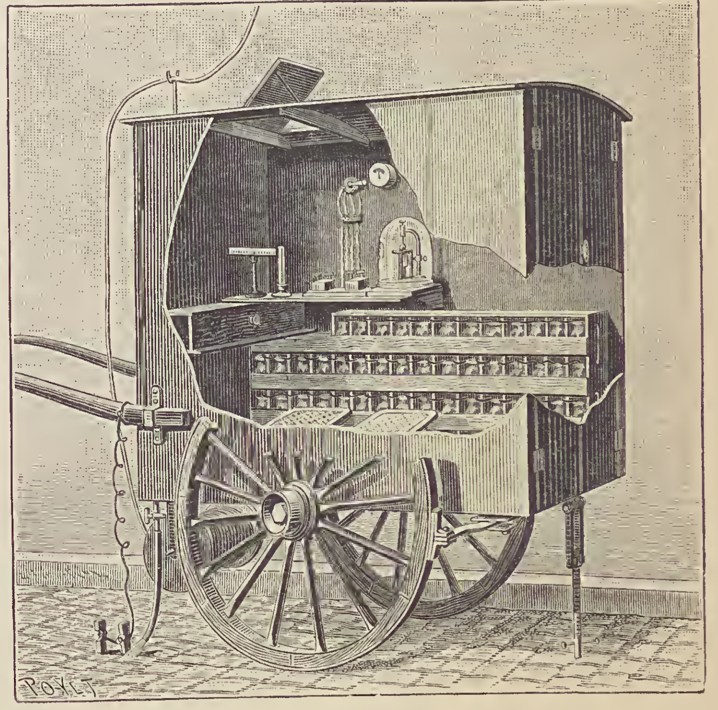
* * *

LA MEDICIÓN DE LAS PEQUEÑAS FUERZAS

De todos los medios de que disponemos para medir las pequeñas fuerzas, el más cómodo es indudablemente la torsión de un hilo suspendido. Utilizando este principio en la *balanza unifilar*, estableció Coulomb, en sus memorables experimentos, las leyes de las acciones eléctricas y electroestáticas y determinó Cavendisch el volumen de la tierra.

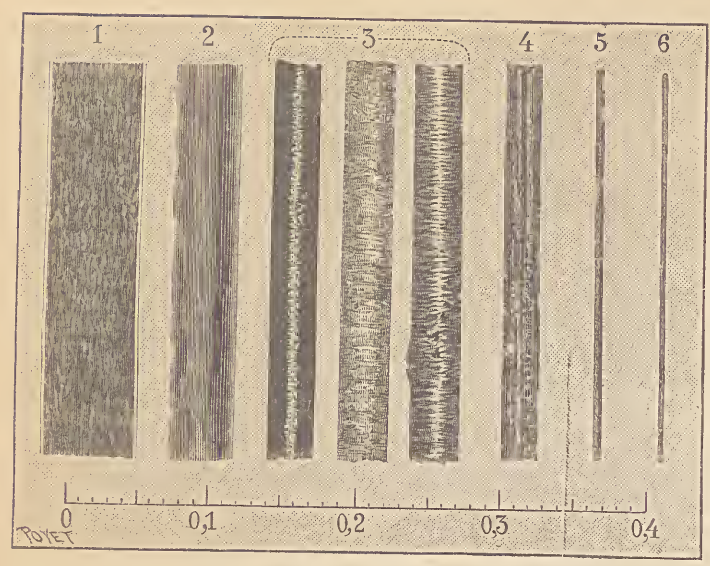
Las leyes de la torsión por Coulomb sentadas nos enseñan que el par necesario para torcer un hilo de una substancia determinada varía en razón directa de la cuarta potencia del diámetro. Con hilos muy sutiles y con el método de reflexión que permite notar desviaciones sumamente pequeñas es posible, si no medir, por lo menos observar fuerzas cuyo límite inferior es de una centésima de miligramo aproximadamente. Estas fuerzas por pequeñas que parezcan son, sin embargo, enormes, comparadas con las que hoy día se pueden medir con los nuevos métodos y los nuevos medios de investigación de que dispone la física moderna.

Para la medición de las fuerzas inferiores á las que acabamos de indicar, es preciso renunciar en absoluto á las suspensiones metálicas: cuando se pretende obtener por medio de la hilera un hilo de cobre de un diámetro inferior á cinco centésimas de milímetro, se presentan dificultades especialísimas. Cierto que se logra fabricar hilo de cobre de un diámetro inferior á tres centésimas de milímetro, pero este hilo no ofrece la menor resistencia y su empleo se hace difícil por no decir imposible. Lo propio sucede con la plata.



Nuevo laboratorio ambulante para el ensayo de los cables eléctricos

Nuestro grabado reproduce las fotografías aumentadas de cierto número de fibras que pueden servir para el establecimiento de las suspensiones unifilares; dichas fotografías muestran en la misma escala el aspecto que las fibras presentan. El número 1 es un cabello considerado como de los más finos; el número 2 es un hilo de cobre del diámetro menor que actualmente se puede fabricar; el número 3 representa varias muestras de cristal hilado. Este último ofrece, como modo de suspensión, muchas ventajas por su uniformidad, por su indiferencia á las influencias atmosféricas y sobre todo por la posibilidad de obtenerlo en todas las longitudes deseables; pero todas



Fibras que pueden servir al establecimiento de suspensiones unifilares. – 1. Cabello fino. – 2. Hilo de cobre. – 3. Hilo de cristal. – 4. Hilo de capullo de seda. – 5 y 6. Hilos de cuarzo. (La escala está indicada por milímetros. Cada división elemental representa una centésima de milímetro.)

estas ventajas van acompañadas de un defecto grave que destruye todas sus buenas cualidades como torsión destinada á la medición del par de torsión: cuando se imprime una torsión á una suspensión semejante, se produce un cambio de lugar del cero y el aparato abandonado á sí mismo indica una nueva posición de equilibrio. Por esta razón y porque el par de torsión de una suspensión en cristal hilado es demasiado elevada, este modo de suspensión no se emplea nunca en la fabricación de instrumentos de precisión.

Reconocida la imposibilidad de construir suspensiones cuyo par de torsión fuese para un ángulo y una longitud dados más pequeños que los obtenidos con el cristal hilado, se resolvió abandonar las suspensiones en las cuales el hilo servía de par director, y se procuró realizar suspensiones sin el par de torsión, en las que el hilo sólo sirviera para suspender el juego móvil y utilizando otros medios auxiliares para crear el par director.

Hasta el presente las suspensiones con los hilos de capullo de seda se han llevado la preferencia para constituir la suspensión de los aparatos delicados. El capullo natural (n.° 4) se compone de dos hilos irregulares de unos 0'0125 metros de diámetro adheridos con una especie de goma. Cada una de estas fibras puede soportar un peso de 4 gramos y regular y normalmente el de 1 gramo; de modo que su resistencia á la tracción varía entre 15 y 20 toneladas por pulgada cuadrada, y es, por ende, superior á la del cristal y del hierro, suponiendo que con estas substancias pudieran fabricarse hilos tan sutiles. Pero el par de torsión de la seda por débil que sea es bastante elevado para turbar el funcionamiento de todo aparato delicado, por causa de su inconstancia, pues en un momento dado la fibra se tuerce de un lado y luego de otro, efecto que sólo puede mitigarse empleando fuerzas relativamente enérgicas que obren sobre aparatos de grandes dimensiones. Toda tentativa para aumentar la delicadeza de un aparato por la reducción de sus dimensiones lucha con el inconveniente de las irregularidades de la suspensión.

Ante esta dificultad, el hallazgo de una suspensión más perfecta había de constituir un medio de perfeccionamiento de los aparatos y de abrir paso á nuevos progresos. M. Vernon Boys ha descubierto esta suspensión: buscando el modo de perfeccionar los aparatos destinados al estudio de la materia radiante, hubo de abandonar, por las razones indicadas, el hilo de capullo de seda y tampoco pudo hacer uso del hilo á la Wollaston sobradamente frágil. El hilo de cristal era demasiado inconstante y el par director que producía era mil veces demasiado grande, dada la pequeñez de las fuerzas empleadas en los delicados experimentos que emprendía. Como resultado de sus múltiples investigaciones para dar con una nueva substancia conveniente para ese estudio, ideó un procedimiento sencillísimo para la fabricación de hilos de cuarzo muy sutiles. El aparato se compone de una pequeña ballesta cuya flecha es una pajita terminada en una punta de aguja, y en cuyo mango se fija un pequeño cilindro de cuarzo cuyo extremo ha sido fundido en la llama de un soplete oxídrico. Al disparar la flecha, ésta se lanza hacia su meta, que se coloca lo más lejos posible: en virtud de su inercia, la parte fluida del cuarzo no sigue á la flecha en su movimiento, sino que se desarrolla entre la meta y el soplete en forma de un largo filamento más fino que el hilo de una telaraña y que por su misma finura cae al suelo muy lentamente. Por este procedimiento se obtienen fibras de cuarzo de longitud y regularidad grandes y de extraordinaria resistencia á la tracción. El número 6 de nuestro grabado representa en la misma escala que los otros modos de suspensión una fibra de cuarzo de 5 milésimas de milímetro de diámetro, montada en un instrumento de observación en el que la parte suspendida pesa unos dos gramos. Su sección es de la sexta parte de un hilo sencillo de capullo y su resistencia mecánica es sensiblemente la misma: su constitución inorgánica le pone al abrigo de todas las variaciones que alteran la suspensión de un hilo de seda, menos sensible.

La longitud de la suspensión es sólo de 40 centímetros, y su par de torsión es tan débil que si hubiera que sustituir esta fibra de cuarzo por un hilo de cristal, por fino que fuese, éste habría de ser tan largo como alta es la torre Eiffel.

Por el expresado procedimiento se llegan á obtener hilos de cuarzo aun más sutiles, tanto que se hace imposible fotografiarlos y su presencia sólo se manifiesta por un fenómeno de difracción. A falta de una medida exacta de estos diámetros hay que contentarse con una estimación. Según M. Piggott, el diámetro de las más pequeñas fibras de cuarzo no excede de 25 milésimas de micrón (1), y para que se tenga una idea tangible de esa finura, basta decir que un bloque de cuarzo de 25 milímetros de longitud por 25 de diámetro, hilado á aquel diámetro podría dar 658 veces la vuelta al mundo.

Pero estas fibras son curiosidades sin interés práctico: las empleadas en los instrumentos de M. Vernon Boys tienen 2'5 micrones de diámetro y ofrecen un par de torsión diez mil veces más pequeño que el hilo de vidrio más sutil. A medida que el diámetro de estas fibras disminuye, su resistencia á la tracción aumenta y llega á sobrepujar la de las barras de acero: las fibras más finas sostienen 130 kilogramos por centímetro cuadrado de sección y las ordinarias de 90 á 100. Estas fibras no se alteran con la humedad y producen pares de torsión extremadamente pequeños, pero no era evidente *a priori* que no manifestasen fatiga, como el cristal hilado, después de sometidas á una torsión exagerada: para probarlo M. Boys hace dar dos vueltas completas alrededor de su eje á la extremidad de una fibra rectilínea de la que pende un cristal; abandonando luego el aparato á sí mismo, vuelve exactamente al cero, demostrando de esta suerte la perfecta elasticidad de la suspensión.

A pesar de su excesiva finura, las fibras de cuarzo tienen un diámetro perfectamente uniforme y permiten someterlas á un severo examen óptico, tanto que irregularidades invisibles al microscopio se hacen con este examen aparentes.

Con estas fibras ha logrado M. Vernon Boys hacer, entre otros experimentos hasta ahora tenidos por imposibles, el de Cavendisch sobre la atracción newtoniana, con la diferencia de que así como éste empleaba grandes masas de plomo de algunos quintales de peso y pequeñas balas móviles de 900 gramos, aquél ha hecho visibles las atracciones utilizando como grandes masas pesos de plomo de 900 gramos y como pequeñas unas bolitas de 1 gramo. Cavendisch suspendía las balas de una palanca de 1'8 y M. Vernon Boys las suspende de un hilo de cuarzo de 2 centímetros de longitud. Las fuerzas en acción en este experimento son inferiores á $\frac{1}{200.000.000}$ de gramo y aun pueden medirse con las fibras de cuarzo fuerzas 2.000 veces mas débiles.

***

LA CIENCIA EN EL TEATRO.

MARCHA POR EL TECHO

Este curioso ejercicio no es más que una ingeniosa aplicación de las leyes de la presión atmosférica. El techo sobre el cual se anda es una plancha de acero bruñido de 8 metros de largo, y la adherencia al mismo se obtiene por medio de dos discos de caucho, de 11 centímetros de diámetro por 15 milímetros de espesor y de forma cóncava (fig. 2). Estos discos, que se atan fuertemente á los pies de la acróbata, llevan en su centro un botón agujereado transversalmente en su extremo anterior y encajado á un cubo también provisto de un agujero transversal y sólidamente fijado en la suela del zapato. Una barrita formando eje pasa por los agujeros de la aguja del eje y del cubo y constituye de esta suerte una articulación entre el disco y la bota.

El cubo está á la altura del tarso y va fijado al empeine. Un alambre torcido en forma de U se prolonga hasta el pulgar del pie y gira sobre dos gorrones colocados en la guarnición metálica del disco. En su posición normal, el alambre se mantiene apartado del disco por medio de un resorte que lo aprieta contra la suela, y una parte de él se proyecta hacia atrás y por medio de una palanca acciona sobre una pequeña válvula de escape practicada en la parte posterior del disco. Este al ser apretado sobre una superficie plana, se adhiere fuertemente á ella á causa del vacío hecho en su interior por la presión ejercida: si entonces se hace presión sobre la parte anterior del alambre en U, éste abre la válvula, deja entrar el aire en el vacío y la adherencia cesa. Todo el talento de la andadora consiste, pues, en hacer jugar de tal suerte sus patines que siempre haya uno adherido.

Fácil es calcular la fuerza que esta disposición representa: cada disco de 11 centímetros de diámetro tiene una superficie de 105 centímetros cuadrados; la presión atmosférica total correspondiente á esta superficie, suponiendo un vacío perfecto, sería de 108 kilogramos. La disposición del sistema permite realizar casi completamente este vacío perfecto; pero como la persona que ejecuta este ejercicio no pesa, ni con mucho, tanto, queda siempre un sobrante de resistencia para compensar las imperfecciones del aparato.

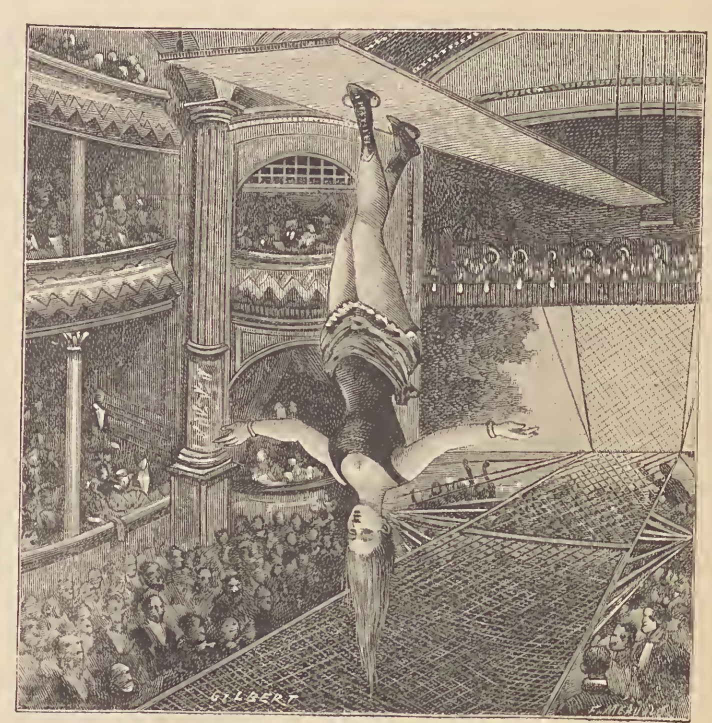


Fig. 1. Marcha por el techo en un circo acrobático

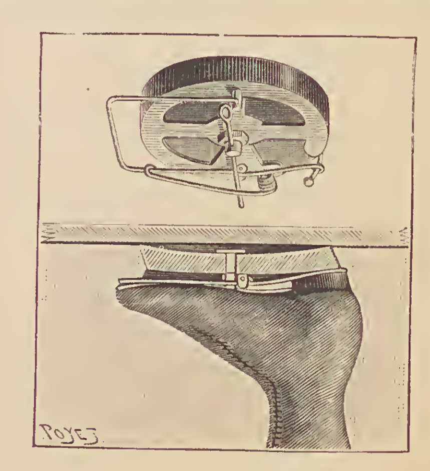


Fig. 2. Detalle del patín neumático

Esto no obstante, como la seguridad del sistema no es absoluta, hácese indispensable el empleo de la red tendida debajo de la acróbata.

(De *La Nature*)

(1) El micrón equivale á un milésimo de milímetro.



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Tenían conciencia de que representaban algo muy humilde, pero también augusto y sagrado: eran una familia sin tacha, sentíanse envueltas en una atmósfera de estimación y respeto. «Esas señoras del cuarto bajo, - decían los vecinos, - esas señoras del cuarto bajo sí que son dignas de consideración.» Su pobre vivienda, sucia por la acción del tiempo, con el papel de las paredes despedazado, pero en la que se unían para el trabajo y se estrechaban unas á otras para amarse mejor, tenía aún las dulzuras de un hogar. Y sobre su luto hecho girones, sobre los restos del antiguo mobiliario, sobre el mísero potaje que constituía toda su cena, sobre toda aquella miseria, en fin, cerníase una llama pura: el honor. Ahora, después de la confesión de la hija culpable, todo había concluído y se había perdido para siempre: había una mancha en su existencia pobre, pero consagrada al deber; mancha que empañaba su pasado irreprochable, y que alcanzaba á la misma memoria del padre. Ciertamente, la madre y hermana mayor disculpaban á la pobre criatura, que desfallecida en un sillón respondía á sus besos sollozando y pidiendo perdón. No obstante, mirábanse consternadas, con los ojos encendidos y los labios amargos á fuerza de llorar; y por primera vez medían en toda su extensión la profunda caída de la familia, y por vez primera veían cuán espantosos eran su abandono y su miseria, y sentían deslizarse en su corazón el insoportable sentimiento de la vergüenza, semejante á un huésped siniestro é inesperado que desde el primer momento hace comprender que viene á enseñorearse del hogar.

Este era el secreto, el abrumador secreto, de cuyo peso quiso librarse aquella misma noche la desolada Luisa Gerard, confiándolo á su único amigo, á Amadeo Violette, y obrando de esta suerte por instinto, de igual modo que una mujer agobiada por el peso de una excesiva carga, la arroja al suelo demandando ayuda.

Cuando Luisa hubo acabado de hacer su cruel confidencia, que el poeta oyó ocultando la cara entre sus manos, y cuando éste descubrió su rostro surcado por las súbitas arrugas de la desesperación, la joven sintió un escalofrío de terror.

- ¡Cuánto daño le he hecho!, - pensó. - ¡Cómo ama á María!

Pero vió brillar en los ojos de Amadeo una sombría resolución.

- Está bien, Luisa, - murmuró entre sus apretados dientes. - Está bien. No me digas más, te lo suplico. No sé á estas horas en dónde ver á Mauricio; pero él me verá mañana; tranquilízate, y si no repara el mal que ha causado... y en seguida...

Se interrumpe ahogado por un hipo de dolor y de cólera, y á un ademán suyo casi imperioso, Luisa le deja, espantada del paso que acaba de dar.

Sin embargo, Mauricio Roger no era un malvado. Cuando se fué María se sintió avergonzado, descontento de sí mismo. ¡Embarazada! ¡Era bien digna de lástima! ¡Pobre niña! Cierto que pensaba portarse como un caballero haciéndose cargo de ella y de su hijo. Mas ¡ay! Ya no la amaba tanto: su condición de amigo de los placeres, tan pronta en el deseo como en el hastío, se había cansado de aquel amorío sin voluptuosas emociones y demasiado empapado en lágrimas. ¿Debía, por causa de este embarazo, casarse como un hombre vulgar, hacerse padre de familia? ¡A su edad, teniendo delante de sí un halagüeño porvenir de juventud y de placer! Francamente, era esto tan tonto como romperse una pierna cayendo en un agujero. Además, ¿quién sabe?; los abortos son frecuentes, quizá no viviría la criatura. De todos modos, era natural que se tomara algún tiempo, que viese venir los acontecimientos. ¡Bah! La suerte, que le había favorecido siempre, se encargaría de arreglar este enojoso asunto, como había llevado á buen término tantos otros.

Al día siguiente, el frívolo Mauricio, que ¡á fe mía! no había dormido mal, preparaba tranquilamente su paleta, esperando al modelo, cuando vió entrar en su estudio á Amadeo Violette.

Desde el primer momento comprendió que el poeta estaba enterado de todo.

- Mauricio, - dijo Amadeo con trémulo acento, - ayer recibí la visita de la señorita Luisa Gerard... Me lo ha dicho todo... ¿Comprendes?... Y vengo á saber si no me he equivocado respecto á ti y si Mauricio Roger es un hombre honrado.

Una llama brilló en los ojos del joven pintor. Pero Amadeo, abatido, con

el semblante lívido y las facciones descompuestas por una noche de insomnio y de lágrimas, daba compasión. Además, era Amadeo, Amadeíto, á quien Mauricio quería sinceramente, hacia el cual experimentaba desde que habían estado juntos en el colegio un afecto tanto más precioso, cuanto que halagaba su vanidad, el afecto indulgente y protector de quien conoce su superioridad.

– ¡Oh!, ¡oh! ¿Te vienes con palabrotas de melodrama?, – dijo dejando la paleta sobre la mesa. – Amadeo, querido amigo, no te conozco; y si tienes que pedir explicaciones á tu antiguo amigo, no debes presentarte de esa manera. Dices que la señorita Gerard se ha confiado á ti: sé cual es tu cariño hacia esas señoras, comprendo tu emoción y encuentro tu intervención legítima. Pero, ya ves que te hablo con calma, amistosamente, apacíguate tú también, y no olvides, no obstante tu interés por esas señoras, que soy tu mejor, tu más querido compañero de infancia y de juventud. Me hallo, ya lo sé, en una grave circunstancia de mi vida. Hablemos, aconséjame; tienes el derecho y el deber de hacerlo, pero sin ese tono de cólera y de amenaza, que te perdono, aunque me aflige, y que me haría dudar, si esto fuera posible, de tus sentimientos hacia mí.

– ¡Eh! Demasiado sabes que te quiero, – contestó el desgraciado Amadeo; – mas ¿para qué necesitas consejos? Tienes la franqueza de no negar nada, convienes en que es verdad que has seducido á una joven; ¿pues por ventura tu conciencia no te dicta lo que te falta hacer?

– ¿Casarme con ella? Sin duda, tal es mi intención. Pero, Amadeo, tú no piensas en mi madre. Este matrimonio va á desesperarla, destruyendo todas sus ambiciones, todas sus esperanzas... ¡Oh! Confío en persuadirla para que consienta en este enlace, pero me hace falta tiempo para conseguirlo... Más tarde... tal vez pronto... no digo que no... si la criatura vive...



Esta frase arrancada por el cinismo, que constituye el fondo de todos los egoístas, hizo que Amadeo volviera á encolerizarse.

– ¿Tu madre?, – exclamó. – Tu madre es viuda de un oficial francés muerto delante del enemigo; y estoy seguro de que es entendida en materia de honor y de deber. Háblale, dile que has deshonrado á una desdichada niña que se halla encinta por tu causa. Tu madre te aconsejará que te cases con ella: es más, te lo mandará.

El argumento era vivo y directo, é hizo impresión en Mauricio; pero el tono violento de su amigo comenzaba á irritarle.

– Amadeo, procedes mal, te lo repito, – respondió alzando la voz. – No tienes derecho á prejuzgar la opinión de mi madre, y yo no recibo órdenes de nadie. Después de todo, nada te autoriza á dármelas, y no es razón el que hayas estado enamorado de María para que...

Un grito furioso le interrumpió. Amadeo, con ojos de loco y apretando los puños, adelantó dos pasos hacia Mauricio, y hablándole desde muy cerca con acento desgarrador:

– Pues bien, sí, – dijo, – la amaba y deseaba hacerla mi mujer. Y tú que ya no la amas, tú que la has tomado por capricho, para divertirte, como tomas á todas, has destruído mis ilusiones del porvenir. En fin, ella te ha preferido, y has de saber, Mauricio, que soy demasiado orgulloso para quejarme y demasiado justo para guardarte rencor. Te juro por mi honor que sólo estoy aquí para impedirte que cometas una infamia. Si me rechazas, nuestra amistad se despedazará para siempre, y no quiero pensar en lo que pasará entre ambos; pero será terrible... ¡Ay! Hago mal, no te hablo como debo... Mauricio, aún es tiempo, escucha sólo á tu corazón, que sé que es generoso y bueno. Has abusado de una niña inocente, y sumido en la desesperación á una digna y pobre familia. Puedes reparar el mal que has causado: tú lo querrás, tú lo quieres. Te lo suplico: hazlo por tu propia estimación, por respeto al nombre que llevas. Pórtate como hombre noble y honrado. Da á esa joven, que no ha cometido más falta que haberte amado demasiado, á la madre del niño que va á nacer, tu nombre, tu corazón y tu amor. Serás dichoso con ella y por ella, te lo aseguro,... y yo no tendré envidia de tu dicha; antes al contrario, será grande mi satisfacción por haber vuelto á encontrar á mi amigo, á mi leal Mauricio, y poder todavía amarle y admirarle como en otro tiempo.

Conmovido por estas calurosas palabras, cansado de discusión y de lucha, el pintor, volviendo la cabeza, alargó una mano á su amigo, que la estrechó entre las suyas. De pronto miró á Amadeo, vió sus ojos llenos de lágrimas; y un poco por enternecimiento y mucho por falta de voluntad, por pereza moral, por acabar, profirió estas palabras:

– Tienes razón... después de todo... Arreglemos en seguida este asunto... ¿Qué quieres que haga?

¡Ah! ¡Qué abrazo le dió Amadeo!

– ¡Mi bueno, mi querido Mauricio!... ¡Pronto!, vístete, corramos á casa de esas señoras, ven á abrazar y á consolar á la pobre niña... ¡Ah! Bien sabía yo que me comprenderías, y que tu corazón respondería á mis ruegos... ¡Cuán felices van á ser esas pobres mujeres! Dime, mi antiguo compañero, ¿verdad que es bueno cumplir con un deber?

¡Ah! Sí, Mauricio sentía ahora el placer que este cumplimiento proporciona.

Enardecido, arrastrado por su amigo, se apresuraba á realizar la buena acción que le indicaba, como si fuera á una partida de recreo, y al cambiarse la chaqueta para salir á la calle, decía con entusiasmo á Amadeo:

– Después de todo, mi madre no puede menos de aprobar mi conducta. Además, hace cuanto quiero, y estoy seguro de que acabará por adorar á mi pobre María... Es igual... no hay medio de resistirte, Violette, eres una dulce y persuasiva violeta... Vamos, ya estoy listo... un pañuelo, el sombrero... ¡Andando!

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

LAS MANIOBRAS MILITARES DE CALAF

Que las maniobras militares son no sólo convenientes, sino de todo punto necesarias para la instrucción y buena organización de los ejércitos y para acostumbrar en tiempo de paz á las tropas á las prácticas y fatigas propias de la guerra, es verdad tan inconcusa, que desde tiempos inmemoriales ha venido siendo axiomático el principio *si vis pacem para bellum*; que esta necesidad se deja sentir igualmente imperiosa, tanto en los Estados obligados por permanentes razones de política internacional á estar constantemente apercibidos á la lucha, como en los que si por sus condiciones especiales pueden considerarse libres de tal contingencia, no deben, por otra parte, olvidar las precauciones que se imponen para su defensa contra cualquiera agresión del exterior y aun contra cualquier enemigo interior, es verdad no menos palmaria que aquélla, sobre todo en una nación como la nuestra, en donde en menos de medio siglo hemos visto consumir nuestras fuerzas y malgastar nuestras actividades en horribles cuanto vergonzosas luchas fratricidas.

Merece, pues, en nuestro concepto, ser ensalzada toda tentativa que se haga para seguir el ejemplo que en este punto nos dan las demás potencias europeas, y no hemos de escasear en este sentido nuestros aplausos al general que ha tomado la iniciativa en este asunto. Pero entendemos también que no debe darse á las maniobras recientemente practicadas en Calaf más alcance ni más importancia de las que en realidad tienen; es decir, creemos que todo lo que no sea considerarlas como ensayo, aunque laudable, modesto, es quitarles su verdadera significación, y estimamos que presentarlas como suceso de extraordinarias proporciones, exagerar las alabanzas por lo que ahora se ha hecho, antes perjudica que favorece á los mismos á quienes los elogios se dirigen.

La índole especial de nuestra publicación nos veda extendernos en ulteriores consideraciones. Dejando, por consiguiente, este terreno, vamos á describir á grandes rasgos lo que han sido las maniobras practicadas desde los días 21 á 25 de octubre último en los alrededores de Calaf.

La villa de este nombre está situada en la comarca de la Segarra, en el centro de Cataluña, y de su importancia estratégica son buena prueba los muchos hechos de armas de que su territorio ha sido teatro en las diversas guerras sostenidas en nuestro principado.

Las fuerzas que tomaron parte en las maniobras fueron: los regimientos de infantería de Almansa, Guipúzcoa, Asia, Luchana, Navarra, Albuera y un batallón de los de Aragón y San Quintín; los batallones de cazadores de Figueras y Alfonso XII; del arma de caballería los regimientos de lanceros de Borbón y del Príncipe y los de cazadores de Alcántara y de Tetuán y dos escuadrones del de Mallorca; de artillería cuatro baterías del primer regimiento de artillería de montaña y el 4.° regimiento divisionario, y el regimiento de zapadores minadores.

Estas fuerzas se descomponían del modo siguiente: 9 generales, 73 jefes, 497 oficiales, 7.801 individuos de tropa, 1.620 caballos, 319 mulos, 28 piezas de artillería, 15 carros de sección y 3 carros catalanes. De ellas, unas acamparon en los cuatro campamentos de San Fernando, Alfonso XII, Alfonso XIII y Reina Regente, levantados en las cercanías de Calaf, y otras se alojaron en este pueblo y en los de Prats de Rey, Forteza, Aleny, San Pasalás, Sa Llavinera y San Pedro. El número de tiendas de campaña que se instalaron fué de 327, entre ellas 16 para el cuartel general.

Reunidas todas las fuerzas en el terreno de maniobras, comenzaron el día 21 los ejercicios parciales, que se repitieron en los días 22 y 23, y el día 24 se verificó el simulacro de combate entre las brigadas La Cerda y Denis, preparatorio del ataque general que debía tener lugar al día siguiente.

Inicióse éste á las diez y media de la mañana, comenzando por algunas escaramuzas entre las dos vanguardias, hasta que retiradas las tropas de defensa ante la superioridad del número de las de ataque, entró en juego la caballería atacante, que repelida por los fuegos de las baterías y por los escuadrones de defensa, hubo de emprender la retirada, dándose con este motivo brillantes cargas. Entonces las piezas del divisionario rompieron el fuego contra la extrema izquierda de la línea de defensa, en tanto que otras baterías batían las fortificaciones de la derecha y que las brigadas primera y cuarta de infantería atacaban las posiciones de Puig Maya y Aleny respectivamente, que se defendieron muy bien. En aquel mismo momento generalizóse el combate, porque las brigadas segunda y tercera, después de una brillante carga de caballería, desplegaron sus líneas de tiradores. Retiradas las tropas que defendían el lado derecho, trabóse con ardor el combate en el izquierdo, avanzando cada vez más los ataques y retirándose las tropas de defensa hasta concentrarse la acción en una hondonada que forma el terreno entre Sa Llavinera y Forteza. El radio de acción de la defensa fué acortándose hasta concentrarse todas las fuerzas en el reducto central de Forteza, al cual convergieron desde aquel instante los fuegos de las cuatro brigadas y de las baterías de ataque; cuando las tropas se batían casi á quemarropa, el general en jefe, que durante la batalla había recorrido casi toda la línea, dió orden de *alto el fuego*, con lo que cesó el combate, dándose por tomada la línea de defensa, que había sido el objetivo de la lucha.

El resultado de las maniobras ha sido por todo extremo satisfactorio: en ellas se han puesto de relieve una vez más las excelentes condiciones de nuestro ejército, por todos reconocidas y por propios y extraños admiradas. Jefes, oficiales y soldados, todos han rivalizado para el mejor éxito de este primer ensayo, dando pruebas los unos de su inteligencia y los otros de su marcialidad, de su instrucción, de su disciplina y sobre todo de esa virtud especial que ha valido á nuestros soldados el honroso título de ser los más sobrios y sufridos del mundo. El soldado español resiste como ninguno, y cuando llegan las horas del reposo, todavía sabe robar al descanso espacio suficiente para alegrar el aire con los rasgueos de la guitarra y con cantos populares, que trayendo á su memoria el recuerdo del lejano hogar parecen infundirle nuevos bríos para sobrellevar nuevas fatigas.

Por esto en los campamentos de Calaf, como sucedía en los campamentos levantados en tiempos de guerra de triste recordación, al cesar el estrépito de los cañones y de los fusiles sonaban por todos lados los animados acordes de la jota, las plañideras notas de la muñeira, las dulces melodías de las malagueñas y los sentidos acentos de nuestras sardanas, confundiéndose todos esos armoniosos cantos en un himno á la patria grandioso, conmovedor, entonado por aquellos que encargados de defender su honra están siempre dispuestos á derramar por ella hasta la última gota de sangre.

Los dibujos que en el presente número publicamos son debidos al excelente lápiz del distinguido artista Sr. Vázquez y están tomados de las fotografías de los señores Areñas, Esplugas y Puiggarí, que nos han autorizado para reproducirlas, y á los cuales damos por ello nuestras más expresivas gracias.










EL PRIMER HECHO DE ARMAS, por A. Pons

Imp. de Montaner y Simón